

C.1 Añadido

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
DEPARTAMENTO DE DRAMA

DULCINEA

Gastón Baty

PERSONAJES POR ORDEN DE APARICION

EL CIEGO	SANCHICA
LAZARILLO	MENDIGA
EL VENTERO	VECINA 1.a
EL HIDALGO	VECINA 2.a
ALDONZA	GINES DE LA HERA
EL MULERO	COMPRADOR
EL SOLDADO BLANCO	COCLES
LA PEREGRINA	EL HOMBRE DE LA ULCERA
PEDRO MARTINEZ	EL DESMOCHADO
DIEGO HERNANDEZ	LA SALMERONA
SANCHO	EL ENFRAILADO
EL BACHILLER	EL MANCO
EL CURA	CHIQUIZNAQUE
EL BARBERO	CRISTOLA
EL AMA	EL OIDOR
VOZ DE D. QUIJOTE	EL ESCRIBANO
EL NOTARIO	EL ALGUACIL MAYOR
TERESA PANZA	EL JEFE DE LA GUARDIA
SOLDADOS, CORCHETES, GENTES DEL PUEBLO, VENDIMIADORES, ETC., ETC.	

PRIMERA PARTE

CUADRO PRIMERO

LA VENTA DEL TOBOSO. Galerías de madera sin pulir, muros donde la cal se descascara, un pozo y sombra. El portalón está abierto de par en par, dejando ver cosas blancas, un camino blanco, un cielo plomizo y la desolación de la llanura manchega.

No se ve a nadie y todo se calla bajo el sol abrumador.

Después, una voz gangosa fuera.

EL CIEGO Justo juez y rey de reyes,  
abre las puertas del cielo.  
A los que tenemos hambre  
y sed, dadnos tu consuelo.

(APARECEN EL CIEGO Y EL LAZARILLO.)

LAZARILLO No se canse, tío, no hay nadie.

CIEGO Entonces, de lo que tengo sed es de vino. ¡Hola! ¿Dónde estás tú, Lazarillo?

LAZARILLO Ego sum.

CIEGO Quiero sentarme a la sombra.

LAZARILLO Venda por aquí.

CIEGO No, déjame junto a la puerta. Que no pueda entrar hombre ni bestia que no me pase por delante y me pague el portazgo. ¡Hola! ¿Pero no hay aquí alma viviente?... ¡Voy a mondarte la sesera, perillán!

LAZARILLO ¿Y por qué?

CIEGO ¿Por qué... ¿No acabas de meter la mano en mis alforjas?

LAZARILLO Viene gente

CIEGO Justo juez y rey de reves...

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades  
UPR-RP

- LAZARILLO Es el ventero.  
(EL VENTERO SE ACERCA.)
- CIEGO Que Dios os guarde y prospere vuestra casa, Juan el Zurdo.
- VENTERO Dios te guarde, tío Justicia. ¿Ya te tenemos de nuevo por nuestros caminos?
- CIEGO Menos da una piedra.
- VENTERO ¡Vuestra merced se hace ahora servir de un criado! Os beso las manos por tanto engrandecimiento.
- CIEGO La viuda de un molinero me ha confiado a este huerfanito para descargo de mis pecados.
- VENTERO ¿Y eras tú el que se desgañitaba de ese modo? ¿Aldonza no te respondió?
- CIEGO Yo pensé que la tórtola había levantado el vuelo.
- VENTERO Acaba de llegar un mulero yangués tan lozano como sus bestias. Aldonza andará retozando por el pajar.
- CIEGO Sigue tan alegre.
- VENTERO Como siempre. Su madre ya alegraba la vida a los viajeros en una venta del camino de Granada y ella la dejó allí un buen día para correr detrás de unos mostachos. De casta le viene el galgo. Yo apostaría que, aun cuando no ha cumplido veinticinco años, ya no se acuerda de haber sido algún día doncella.
- CIEGO Buen espejuelo para cazar alondras. ¿Qué alcabala le pagas al rey por esta renta?
- VENTERO No me faltaría parroquia sin ella. Pero algo vale también esta añadidura. Es una fruta que el caminante puede coger al paso si tiene sed, como los racimos de mi parrá.
- CIEGO Pero es una fruta tan erizada de espinas como la del castaño. Una tarde que os estábais riendo todos de ella y de sus simplezas, yo sentí que le entraban ganas de emprenderla a mordiscos con vosotros.
- VENTERO Es verdad. No sabe reír ni cantar. El que lograra quitarle la aspreza haría de ella el fénix de la servidumbre, pues se da tanta maña para los cuentos como para la cocina.
- LAZARILLO Marta y María en el mismo sayo.
- VENTERO Es agudo el angelito.
- CIEGO Ya lo azotó un maestro de gramática, y en cuanto me haya podido robar un poco se hará estudiante.
- LAZARILLO ¿Yo robaros? ¿Cómo podría hacerlo? Sois demasiado desconfiado y harto ladino. Cuando me deja a mí un mendrugo de pan duro y se pone a asar una morcilla para él, hasta el humo se guarda en las alforjas.
- CIEGO Un criado de ciego, sabe más tretas que el diablo.  
(SE ENCUADRA EN EL PORTÓN LA FLACA SILUETA DEL HIDALGO.)
- HIDALGO ¡A la paz de Dios! ¿Hay lugar para mí?
- VENTERO Todo está aquí para el servicio de vuestra grandeza. ¿Sin duda cansado del asiento se adelantó a su carroza paseando?
- HIDALGO Yo no tengo carroza.
- VENTERO Voy entonces a ocuparme del caballo de vuestra señoría.

HIDALGO Yo no tengo caballo.

CIEGO Acuérdate de mí, Juan el Zurdo. Tengo el gahzate más seco que el corazón de un juez. Hazme traer una buena jarra de vino, una jarra de vino de tres maravedís.

VENTERO Aguarda un santiamén. ¿No queréis que os sirva algo, señor Hidalgo?

HIDALGO Deme agua fresca.

VENTERO ¡Aldonza!

(ALDONZA ENTRA CORRIENDO, PERSEGUIDA POR EL MULERO, MOZA GARRIDA, CABELLOS NEGROS Y TINTE BRONCEADO, QUE SERIA BONITA SI SU FRENTE FUESE MENOS BAJA Y SUS LABIOS MENOS GRUESOS. ROSTRO CERRADO. VOZ DURA. OJOS SOMBRIOS Y MIRAR HUIDIZO.)

ALDONZA ¡Aparta, bestia bruta! ¡Me ha roto una agujeta este perro loco!

LAZARILLO Yo te la arreglaré, si quieres.

ALDONZA ¿Aún no rompiste el cascarón y ya galleas?

MULERO Tengo que decirte un secreto a la oreja.

ALDONZA Primero necesitas las dos manos para desaparejar tus mulas.

(ELLA RETROCEDE HACIA EL PORTON Y TROPIEZA CON EL SOLDADO MANCO, QUE ACABA DE ENTRAR.)

SOLDADO Pero un brazo me basta para estrechar a las hermosas.

(Y CON AUTORIDAD LE BESA LA BOCA, MIENTRAS LAZARILLO SE ECHA A REIR.)

VENTERO Aldonza, una jarra de agua fresca a este gentilhombre y otra de vino al pordiosero.

SOLDADO Y otra también a este soldado, y del mejor.

VENTERO A vuestras órdenes.

(ALDONZA SALE.)

SOLDADO (SALUDANDO AL HIDALGO.) ¿Permite vuestra señoría que comparta su mesa uno que lleva espada?

HIDALGO Para mí es el honor.

SOLDADO Os beso las manos.

HIDALGO ¿Tornáis de la guerra?

SOLDADO Dos años he combatido en Flandes a las órdenes del Duque de Alba, el de las plumas blancas, padre de los soldados. No hay más hermoso oficio que la guerra. Juego de réyes en que se apuestan las cabezas. Pero el juego tiene sus reglas, y esos mendigos herejes no las guardan. Fué una emboscada, una noche de invierno, golper doblemente prohibido, donde perdí mi brazo. ¡Esos malditos anabaptistas!...

(ALDONZA VUELVE CON LOS JARROS.)

ALDONZA De salud os sirva. Y éste, para vos, tío Justicia.

(VA AL POZO Y SACA EL AGUA.)

CIEGO La tierra aún destila lo que debe.

LAZARILLO ¿No veré yo su color en el fondo de una taza?

CIEGO A tu edad no conviene el vino. Vete más lejos. Sólo con el olor te entraría sed...

(SE PONE A COMER Y A BEBER.)

HIDALGO Me queda en la ladera de un cerro un campo pedregoso donde se podrían construir muy buenas casas y, entonces, valdría tanto como una calle de Valladolid. Me olvidaba de un palomar que si no estuviese arruinado como está me proporcionaría al año una renta de doscientos palominos por lo menos. Pongamos en el inventario esta capa, este jubón que casi no está roto, y estas botas, mientras me duran. Pero en verdad esta es mi sola fortuna; su hoja está firmada por Antonio y jamás salió de sus manos cosa mejor.

(EL MULERO SE ACERCA A ALDONZA, JUNTO AL POZO.)

MULERO Esta noche, después de darle a mis bestias el segundo pienso.

ALDONZA Si voy allí, ya me verás.

(LAZARILLO SE DESLIZA HACIA EL JARRO.)

CIEGO ¿Crees que soy sordo, lagartija? Trata ahora de quitármela.

(APRIETA LA JARRA ENTRE LAS RODILLAS.)

HIDALGO Por eso me voy a Sevilla, y a su puerto, donde se aparejan las galeras para las Indias. Dicen que allá los zafiros ruedan como guijarros, y que los torrentes arrastran arena de oro. ¡Que la pura rosa de Lima ampare mi viaje!

(ALDONZA LLEVA LA JARRA DE AGUA AL HIDALGO. UNA PEREGRINA APARECE SALMODIANDO.)

PEREGRINA Más luces tiene San Pedro,  
que alumbra la noche estrellas.  
Cada luz con su porfía  
pide por un alma buena.  
Si diéseis una limosna  
para la pobre romera,  
en la tumba del Apóstol  
encenderá una candela.

CIEGO ¿Quién pide limosna sin estar impedido?

PEREGRINA No pido para mí, hijo mío, sino para los altos señores de la Corte celestial. Yo sé cómo hay que pedirles lo que necesitan las buenas almas.

CIEGO (ENTRE DIENTES.) Alcahueta en la tierra y en el cielo...

PEREGRINA Tengo oraciones para todas las necesidades y para todos los deseos. Para que la mujer estéril alegre su casa; para que lo que ha de nacer sea hijo o hija; para que los parientes viejos no retarden la herencia. Sé oraciones para el dolor de muelas y el mal de madre; para descubrir los tesoros ocultos y para sacar la buena carta...

ALDONZA (ACERCÁNDOSE A LA VIEJA.) Escucha, madre...

PEREGRINA ¡Hola, carita de gloria! ¿Quieres el secreto para gustarle a tu galán?

ALDONZA La comezón de las pulgas me quita el sueño, que no esa otra, de gustar o no gustar... Mis galanes, como tú dices, son demasiado numerosos para tomarlos en cuenta.

PEREGRINA ¿Has leído eso en algún libro?

ALDONZA Yo soy tan instruída como una cabra; no he oído en mi vida más que los sermones del cura y las canciones de los copleros.

PEREGRINA La hora del amor suena para todos.

ALDONZA A otro perro con ese hueso. ¿Crees tú que uno sólo de los que se tumbaron sobre mi pecho me ha mirado al fondo de los ojos? Luego, cuando se levantaron no supe más de ellos.

PEREGRINA Pobre ovejuela descarriada...¿Pero, tú, no has amado nunca?

ALDONZA Esa es una palabra que se oye en los romances...Más vale callar, que vomitar palabras inútiles.

PEREGRINA ¿Qué quieres de la vieja, entonces?

ALDONZA Toma dos cuartos para comprar dos cirios grandes. Pónle uno a la Virgen del Pilar y otro a San Miguel.

PEREGRINA Que ellos sean testigos de mi promesa.

ALDONZA Y ten otro cuarto para otros dos cirios más pequeños.

PEREGRINA ¿A qué santos quieres ofrecérselos?

ALDONZA Tú misma los escoges. Los que sean más milagrosos.

PEREGRINA ¿Y qué quieres de ellos?

ALDONZA Que le hablen de mí a mi pequeñuelo, que está en la Gloria. Ocho meses me vivió. El tiempo justo para que llegase a conocerme. Sus manecías empezaban a cogerme el dedo y a estirarme de los cabellos. Era todo mi corazón. Se lo llevaron unas fiebres.

PEREGRINA ¿Y el padre?

ALDONZA El camino real tiene tantos pasajeros... Yo le hubiera hecho estudiar y hubiese sido sacerdote; no hay oficio mejor.

VENTERO Aldonza, ya es tiempo de poner los pucheros en la lumbre. Tenemos esta noche huéspedes de calidad.

ALDONZA Ya voy. ¿Crees tú que le habrán nacido alas?

PEREGRINA Sí, hija mía. Alas de pluma azul.

ALDONZA De pluma azul... (SU VOZ SE HACE MUY DULCE. UNA LUZ ILUMINA SU ROSTRO Y LA TRANSFIGURA. PERO ESTO NO DURA MÁS QUE UN INSTANTE, Y EL ROSTRO VUELVE A CERRARSE ENDURECIDO AL LLAMAMIENTO DEL VENTERO.)

VENTERO ¿Quieres que vaya yo a buscarte?

ALDONZA ¡Anda a buscarte la sarna, metijoso!

(ALDONZA SALE, COMIENZA A OSCURECER.)

PEREGRINA Justo juez y rey de reyes...

CIEGO ¡Eh!... ¿Qué grazna la corneja?

PEREGRINA Abre las puertas del cielo...

CIEGO Vuelve a tragarte las palabras, ladrona de oraciones... ¡El justo juez me pertenece!

PEREGRINA Oidle, buenas almas. Tiene el corazón tan negro como los ojos.

CIEGO Muy gorda debes estar si te alimentan las mentiras.

PEREGRINA Tan cierto es como la verdad misma que yo he pagado el Justo Juez en buena moneda.

CIEGO Más cierto es que todas las noches le besás al cabrón en medio del ojo sin pupila.

PEREGRINA Un galicazo es lo que a ti te ha roído los ojos.

CIEGO ¡Vete por la chimenea, bruja!

PEREGRINA ¡Renegado!

CIEGO Anda, a arrancar dientes de ahorcado.

PEREGRINA Y tú a comer gatos sarnosos.

LAZARILLO (QUE HA HECHO COMO QUE MIRABA POR LA PUERTA.) ¡El Santo Oficio!

(UN SILENCIO. DESPUES EL CIEGO Y LA PEREGRINA, DESGRANAN UNA LETANIA.)

CIEGO San Idefonso.

PEREGRINA Ruega por nosotros.

CIEGO San Froilán.

PEREGRINA Ruega por nosotros.

CIEGO San Manrique.

PEREGRINA Ruega por nosotros.

CIEGO San Esteban.

PEREGRINA Ruega por nosotros.

CIEGO San Pelagia.

PEREGRINA Ruega por nosotros.

CIEGO San Torcuato.

PEREGRINA Ruega por nosotros.

CIEGO San Mamés.

PEREGRINA Ruega por nosotros.

(MIENTRAS EL CIEGO MURMURA SUS LETANIAS, LAZARILLO SE HA IDO ACERCANDO A EL, Y, METIENDO EN LA JARRA UNA LARGA PAJA, ASPIRA EL VINO, BAJO LAS MIRADAS DIVERTIDAS DE LOS OTROS.)

CIEGO San Hermenegildo.

PEREGRINA Ruega por nosotros.

CIEGO San Olegario.

PEREGRINA Ruega por nosotros.

VENTERO (ACERCANDOSE A LA PUERTA MIRA EL CAMINO.) No se vé un alma.

CIEGO Santa Jimena.

PEREGRINA Ruega por nosotros.

CIEGO Santa Lucrecia.

PEREGRINA Ruega por nosotros.

VENTERO (A LAZARILLO.) ¿Has visto alguno? ¿Alguien con cordón verde? ¿Algún familiar de la Santa Inquisición?

(LAZARILLO ACABA DE BEBER, SACA LA LENGUA AL VENTERO Y SE ALEJA ANTES DE RESPONDER.)

CIEGO Santa Engracia.

PEREGRINA Ruega por nosotros.

LAZARILLO No vi a nadie. Fué una aguja para coserles la boca.

CIEGO Santa Florencia... ¡Zorro!...

VENTERO ¿Dónde guardará tanta malicia? ¿Y qué sería de él, tío Justicia, si le dejaras beber vino.

CIEGO Así me guardo yo.

SOLDADO Pero, ¿de qué nació la querrela?

CIEGO Juzguen ustedes lealmente, dignos caballeros. Esa oración de Justo Juez es mía, ha sido compuesta expresamente para mi por el sacristán de Majadahonda. Se le ha comprado por mis buenos ocho reales, y ninguna boca que no sea la mía tiene derecho a decirla.

PEREGRINA ¡Ocho reales! Ese sacristán es genovés o judío. ¡En diez me la ha revendido; pecadora de mi, cuando pasé por Majadahonda! ¡Hijo de mala madre! ¡Diez reales por una oración de segunda mano!

SOLDADO La querrela no está, pues, entre vosotros dos sino entre vosotros y el poeta. Cuando volváis a pasar por Majadahonda, manifestarle que estáis autorizados por mi tribunal para cobraros en sus costillas, a razón de un estacazo por cada real.

VENTERO ¡Bien juzgado! Bebamos por la discreta sentencia.

CIEGO ¡Bebamos! ¡La jarra está vacía! (TODOS RIEN.) Y, sin embargo, yo la tenía entre las rodillas.

(ENTRAN PEDRO MARTINEZ Y DIEGO HERNANDEZ.)

PEDRO M. ¡La alegría se ha refugiado en el Toboso y se aloja en tu casa Juan el Zurdo. ¿No nos darás parte de ella?

VENTERO Sean bien venidas vuestras mercedes.

PEDRO M. Este es mi amigo, Diego Hernández, toledano y mercader, como yo, que vuelve conmigo de comprar seda en Murcia. Desengancha las mulas y prepara las galeras para pasar la noche.

VENTERO Seréis servido, señor Pedro Martínez.

PEDRO M. Dios guarde a todos.

TODOS Dios os guarde.

(EL VENTERO SALE FUERA. LOS DOS MERCADERES SE SIENTAN A LA MESA DEL HIDALGO Y EL SOLDADO.)

CIEGO Lazarillo, llévame al pajar. Ya es tiempo de irse a dormir.

SOLDADO Guárdate rapaz, no vaya a cobrarse el vino en tus costillas.

LAZARILLO A esta hora no hay peligro. Sabe que podría faltarle un peldaño en la escalera.

CIEGO ¿No oyes silbar a la víbora? No es grande, pero es todo veneno. En descargo de mis pecados...

(SALEN EL CIEGO Y EL LAZARILLO.)

PEREGRINA Me voy a ayudar en la cocina.

(SALE TAMBIEN.)

DIEGO H. ¡Dura jornada! El sol pesaba tanto que los pueblos se hundían en el suelo.

(EL VENTERO VUELVE Y ENCIENDE UN FAROL.)

PEDRO M. ¿No está aquí ya la bella Aldonza?

VENTERO Está soplando el fuego y meneando el almirez.

- PEDRO M. Le he contado a mi amigo maravillas de ese angel guardián de tu venta, tan crédula como complaciente. En mi último viaje le hicimos creer que la tierra era redonda como una naranja y que daba vueltas en medio del cielo, como un huevo sobre un surtidor.
- DIEGO H. Naturalmente, después de esto, ardo en deseos de conocerla.
- VENTERO Dios haga que no tengáis en la vida deseos más difíciles de contentar que éste.  
(SALE.)
- PEDRO M. Hay que hacerle que baile cuando salga la luna.
- SOLDADO Trato hecho.
- PEDRO M. Es más flexible que un junco.  
(ENTRAN SANCHO Y EL RUCIO, EL UNO SOBRE EL OTRO.)
- SANCHO Dios guarde a la buena gente.
- HIDALGO Y El, acompañe al buen hombre.
- SANCHO Que la Misericordia divina os lo premie si me decís dónde está el Palacio de la muy noble señora doña Dulcinea.
- DIEGO H. ¿El palacio? Jamás oí decir que hubiese un palacio en El Toboso.
- PEDRO M. Nosotros somos forasteros; más vale que lo preguntéis al ventero... ¡Hola, Juan el Zurdo!
- SANCHO ¿El ventero decís? ¿Luego esto es una venta?
- HIDALGO ¿No lo estáis viendo? ¿Qué otra cosa querríais que fuese?
- SANCHO Jamás sabe uno si lo que tiene delante de los ojos es verdaderamente lo que parece. Sí, sí; ventas he conocido yo que en realidad disfranzaban verdaderos castillos llenos de moros encantados y de garrotes mágicos. No hay que fiarse de las apariencias, que donde menos se piensa salta la liebre.
- PEDRO M. Ven acá, Juan; la fortuna te trae un huésped sin par.
- VENTERO (ENTRANDO.) Si queréis llevar el asno a la cuadra...
- PEDRO M. Oye primero.
- SANCHO Antes he de cumplimentar el mensaje de mi señor.
- PEDRO M. ¿Quién es vuestro señor?
- SANCHO Don Quijote de la Mancha se llama, y es caballero andante, el mejor y más valiente que se ha visto en el mundo.
- PEDRO M. Y si yo no me engaño, vos sois el nuevo Gazabal, al lado del flamante Galaor.
- SANCHO Bien habéis supuesto; yo soy Sancho Panza, su escudero; por lo menos, en el día de hoy.
- PEDRO M. Entonces, ¿qué pensáis ser mañana?
- SANCHO Sin duda, gobernador de alguna ínsula. Es costumbre de la andante caballería que cuando el señor conquista un reino, el escudero reciba un gobierno. Desnudo nací del vientre de mi madre y desnudo he de morir; pero si de bóbilis bóbilis se me viene de manos a boca, sin pena ni trabajo, una ínsula o cualquier otra cosa de este género, fuera doblada tontería el rechazarla.
- DIEGO M. Habláis como un libro.



- SANCHO: Si te dan la cabrilla, corre con la soguilla. A caballo regalado no le mires el dentado, y más vale tarde que nunca.
- PEDRO II. ¿El valeroso Don Quijote está, pues, en camino de conquistar reinos?
- SANCHO: Aún es temprano. Apenas hace seis semanas que hemos dejado el pueblo. Las aventuras no nos faltaron. Pero el fementido Frestón, que nos persigue, valiéndose de sus malas artes, trastorna todas las cosas en contra nuestra.
- VENTERO: ¿De modo que habéis sido apaleado?
- SANCHO: Si los palos se pagasen en moneda corriente, aun cuando no los tasarán más que en tres maravedises, con diez escudos no bastarán para la mitad de mi cuenta.
- VENTERO: Buen negocio.
- SANCHO: Pero más vueltas da la rueda de la fortuna que una noria, y no trocara yo mis esperanzas por una canojía.
- HIDALGO: Ni en sueños pude yo imaginar simple mayor.
- VENTERO: ¿No se apea de su montura, señor caballero?
- SANCHO: De buen grado, si es para ser llevado sin retraso ante la Señora de la Belleza, para llevarla mi mensaje.
- (DESCABALGA, Y EL VENTERO SE LLEVA EL ASNO.)
- SANCHO: Cuidadle como a corcel de príncipe. El solo me es más querido que mi mujer y mi hija juntas. ¿Queréis enseñarme el camino que os he pedido?
- PEDRO II: Estamos a vuestras órdenes. Pero antes aclaradnos un poco quién es ese fementido Frestón o Frístón que os persigue.
- SANCHO: Es un terrible encantador, que se las compone como nadie para trocar a los gigantes en molinos y hacer de un ejército una manada de corderos.
- SOLDADO: Gigantes en molinos...
- DIEGO H.: ¿Vos habéis visto tales prodigios?
- SANCHO: ¡Con estos ojos que se ha de comer la tierra!
- PEDRO II: ¿Y cómo han sido, valeroso escudero de tan heroico señor?
- SANCHO: Fué el primer plato el mismo día que acabamos de salir en busca de aventuras. Al anoecer divisamos una treintena de gigantes, que, dispuestos en orden de combate sobre una loma, nos provocaban agitando los brazos. ¡Y qué brazos! En menos tiempo que uno se santigua, mi señor se cubrió de su rodela, enristró la lanza y cargó contra ellos al galope de Rocinante.
- SOLDADO: Y los gigantes, ¿qué hacían?
- SANCHO: Esperar a pie firme. Mi señor arremetió contra el primero, y yo creí que iba a atravesarlo con su lanza. Pero en aquel mismo momento, en aquel instante justo... No se me olvidará mientras viva, aunque viva tanto como Natusalén y los antiguos patriarcas...
- PEDRO II: ¿Y qué?
- SANCHO: De pronto, los enemigos desaparecieron, y en su lugar no quedaron más que treinta molinos, semejantes a todos los molinos, que tomaban apaciblemente el viento. Mas las alas del primero, al que mi señor desafiaba, llamándole Briareo, donde había clavado su lanza, le levantaron por el aire, para arrojarlo a veinte pasos más allá, maltrecho, despechado y humillado.
- PEDRO II: Y molido, sobre todo, seguramente.

SANCHO Era una compasión.

DIEGO H. Pero a vos, discreto escudero, que no tomáis gato por liebre, ¿aquellos molinos no os parecieron molinos, honrados molinos harineros, desde que los empezasteis a ver?

SANCHO ¡Ah, sí, lo confieso! ¿No os dije que era mi primer día de aventuras? Todavía me dejaba engañar por las apariencias, e incluso quise persuadir a mi señor, diciéndole que eran molinos. Vergüenza me da el decirlo. Pero él, que es más listo que el diablo, no se dejó engañar, y en seguida reconoció a los gigantes.

(EL VENTERO VUELVE.)

MULERO Tiene torcida la mollera.

PEDRO II. Contadnos, por favor...

SANCHO Tengo gran prisa por cumplir mi embajada y volver a sacar a mi señor de su tormento.

PEDRO II. ¿Dónde está el sin par caballero?

SANCHO A tres jornadas de aquí, en los ásperos riscos de la sierra. Ha hecho voto de permanecer allí desnudo, dándose de calabazadas contra las peñas, sin comer más que hierba y sin peinarse la barba, hasta que yo vuelva con la respuesta de su señora.

VENTERO ¿Y por qué hace eso?

SANCHO Tal es la costumbre, según él dice, de cuantos caballeros andantes en la tierra fueron. Amadís de Gaula, en la Peña Pobre, por la Bella Oriana, y otros veinte hicieron lo mismo. Mas, por las barbas de mi abuelo, que ninguno le excede. Y basta ya de palabras. Llevadme donde esté la señora, si aún es hora conveniente de entrar en su palacio, que no me hallo yo muy fuerte todavía en usos cortesanos.

SOLDADO ¿Ante qué señora?

SANCHO La princesa Dulcinea del Toboso, sol de belleza de quien mi señor está enamorado hasta las entretelas.

VENTERO ¿Dulcinea? ¿Quién es esa Dulcinea?

SANCHO A vosotros os corresponde decirme lo, ya que respiráis el mismo aire que ella.

PEDRO II. Lo que el huésped os pregunta son las señas que de ella os ha dado el insigne paladín.

SANCHO Me dijo que es la más bella, la más honesta, la mejor criada y la más discreta de cuantas damas hay en el mundo. En torno suyo expande un olor sábeo, un perfume de azucena y de ámbar derretido. Sus cabellos son rayos de sol que juegan con el viento, sus ojos verdes esmeraldas y sus cejas arcos de lirio.

PEDRO II. Un momento. ¿No es cierto que sus mejillas son dos rosas?

SANCHO Sí, claro.

DIEGO H. ¿Sus labios son corales y sus dientes perlas?

SANCHO ¿Cómo lo sabéis?

SOLDADO ¿Su cuello es de alabastro?

SANCHO En efecto.

VENTERO ¿Su pecho de mármol?

SANCHO Así parece.

- HIDALGO Y sus manos...¿Sus manos no son de marfil?
- SANCHO Se ve que la conocéis.
- VENTERO ¿Estáis seguros de que vive en El Toboso?
- SANCHO Sin duda, y en un alcázar digno de un rey.
- VENTERO ¿La ha visto aquí vuestro señor?
- SANCHO Salvado el respeto que se os debe, no olvidéis el que corresponde a mi señor. El no la vió jamás.
- SOLDADO ¿Y sin haberla visto la ama tanto y se envanece de ello?
- SANCHO ¿Qué alabanza merecería si la amase después de haberla visto? Esa es hazaña para gentes corrientes como vos y como yo.
- PEDRO II. ¿Entonces, entre el héroe y su dama no ha habido más que epístolas, billetes y suspiros?
- SANCHO Ni aun eso; yo le traigo su primer mensaje.
- VENTERO ¿Y cómo la conoceréis?
- SANCHO Ahí me duele. Yo sé que vive en un palacio, y un palacio no se desconoce en un pueblo. Yo sé que mis ojos llorarán al verla como al mirar al sol. ¿Pero y si el infame Frestón hubiese cambiado su palacio en pocilga? ¿Y si hubiese escondido su belleza bajo una máscara, disfranzándola con una carilla redonda y una nariz respongona, con crines de buey rojo, y acaso hasta con bigote?
- PEDRO II. No paséis cuidado, honesto escudero; aquí somos muy devotos de los caballeros andantes, y no dejaremos que continúe por más tiempo vuestro señor en su dura penitencia. Mi señora doña Dulcinea no se halla lejos.
- VENTERO Está en el corral cribando grano.
- DIEGO H. Creerá vuestras palabras como el Evangelio.
- VENTERO Quedaos aquí mientras nosotros nos adelantamos para anunciarle vuestra embajada.
- PEDRO II. ¡Alegraos, señor Sancho; la princesa va a venir!
- (TODOS SALEN, MENOS SANCHO.)
- SANCHO ¡Y todo el cielo con ella! Dios pone el remedio al lado de la llaga. Ha llegado la hora, hermano Panza, de distinguirse entre todos los de tu linaje. Pero ¿quién eres tú, don bellaco, harto de ajos, para atreverte a hablar a... ¡La carta! ¿Dónde he dejado yo la carta? ¡San Cristobalón, valedme en este trance! ¡Mi señor, como prudente, me mandó no beber! Y a pesar de ello, tú, grosero glotón, no has sabido contenerte ante el primer pellejo de vino... Más de una semana llevabas bebiendo agua clara. ¡Has perdido la carta!... ¡Gracias, señor San Cristóbal; la tenía en la montera!
- PEDRO II. ¡Humillaos, oh mortales!
- (SANCHO CAE DE RODILLAS.)
- SOLDADO ¡He aquí a la perla de la Mancha!
- DIEGO H. ¡Aquí está el coral, el marfil, el alabastro y las rosas!
- (VUELVEN TRAYENDO A ALDONZA.)
- ALDONZA Sois pesados como las moscas sobre una matadura.
- HIDALDO ¡La más cortés y la más discreta!

- VENTERO ¡Aquí está el sol de la belleza!
- SANCHO Reina, princesa y duquesa mía, que vuestra grandeza se digne recibir benévolutamente a su criado, que, petrificado y sin aliento, se encuentra ante vuestra magnífica presencia.
- ALDONZA ¿Desde cuándo el Carnaval cae en mayo?
- SANCHO Mi ilustre señor, el valeroso Don Quijote de la Mancha, columna y sostén de la andante caballería, se ha convertido, por vuestro amor, en el caballero de la Triste Figura. Da unos suspiros que agitan las hojas de los árboles como si fueran una tempestad, y no encontrará alivio hasta que le llegue la respuesta a esta carta que me ha ordenado depositar en vuestras blancas manos, en vuestras manos blancas.
- ALDONZA ¿Qué letanía estás cantando?
- PEDRO M. Aquí está la misiva del héroe. ¿Queréis que os la leamos?
- HIDALGO Con todo el respeto que merece quien la manda y quien la recibe.
- ALDONZA Para estas boberías vinisteis para estirarme de las sayas. Idos a vuestras cosas y dejadme con mi faena. Aún tengo que vaciar los pollos y desgranar los guisantes. Vosotros seréis los primeros en alborotar como unos gansos si el puchero no está a tiempo. (VASE.)
- SANCHO (ALZANDO POR FIN LA CABEZA.) ¡Ah! ¡Miserable Frestón! ¡Te me has adelantado en el camino!
- DIEGO H. ¿Qué queréis decir?
- SANCHO Qué está encantada, como yo me temía. Voy a volverme más triste que he venido con la carga de esta nueva desventura.
- SOLDADO No os dejaremos volveros, señor escudero, sin haberos tratado como merecen vuestros méritos.
- DIEGO H. En la medida de nuestras fuerzas, no dejaremos de ayudaros a alcanzar gran altura.
- SANCHO Dios os lo pague. Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.
- VENTERO Entrad en mi casa, y perdonad si en mi miseria, en vez de tender a vuestros pies preciosos tapices de Oriente, pongo esta manta miserable.
- (SANCHO, EMPUJADO POR EL MULERO, TROPIEZA SOBRE LA MANTA QUE HA TENDIDO EL VENTERO, Y ENTRE TODOS SE LE LLEVAN RIENDO.)
- ALDONZA (EN EL UMBRAL DE LA COCINA.) ¡Juan el Zurdo!
- PEDRO M. (DETENIENDOLA.) ¡Escucha!
- ALDONZA Van a mantearle, como a los que intentan marcharse sin pagar. El Zurdo tiene un puñetazo famoso bajo la manta.
- PEDRO M. Déjalos divertirse y óyeme.
- ALDONZA Harta sé cómo se divierten. A mí también me han lanzado hasta el tejado, y aun más arriba, dejándome desnuda, unos penitentes borrachos que acompañaban a un muerto.
- PEDRO M. Oye la carta.
- ALDONZA No tengo tiempo que perder. ¿O sabéis una palabra mágica para que las alubias se desgranen solas?
- PEDRO M. Desgrana, seductora, pero escucha.
- ALDONZA No hay un alma que tenga nada que escribirme.
- PEDRO M. "A Dulcinea del Toboso"...

ALDONZA Ya veis que la carta no es para mí. Que os aproveche, pues.

PEDRO M. ¿No es por tí por quien preguntó Sancho? ¿No es a tí a quien la ha entregado?

ALDONZA Entonces, ¿por qué pone ese otro nombre que habéis leído?

PEDRO M. Dulcinea... A veces se cambian los nombres para hacerlos más dulces. ¿No lo sabías?

ALDONZA Como yo le llamaba a mi niño "tesoro".

PEDRO M. ¿Lo ves?

ALDONZA Pero eso no es verdad. Nadie cambió nunca mi nombre.

PEDRO M. Todo llega en el mundo.

ALDONZA Dulcinea... Con vuestros sonsonetes, no voy a comer.

PEDRO M. "Soberana y alta señora: El herido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene. Si tu hermosura me desprecia, si tu valor no es en mí pro, mal podré sostenerme en esta cuita."

VOZ SANCHO ¡Traición, traición!

MANTEADORES ¡Eh..., ah!

VOZ SANCHO ¡Me quejaré a mi señor!

MANTEADORES ¡Eh..., ah!

ALDONZA ¿No os lo decía yo?

PEDRO M. Escucha, que vale la pena.

VOZ SANCHO ¡Me vengaré!

MANTEADORES ¡Eh..., ah!

PEDRO M. "Mi buen escudero Sancho te dará entera relación, ¡oh bella ingrata, amada enemiga mía!, del modo que por tu causa quedo... ¡Si gustases de socorrerme, oh señora de mis pensamientos!..."

VOZ SANCHO ¡Renegados!

MANTEADORES ¡Eh..., ah!

PEDRO M. "Señora de mis pensamientos!..."

ALDONZA ¿Qué quiere decir con eso?

PEDRO M. "¡Con qué placer viviría, lucharía y moriría por tí, fielmente!..."

ALDONZA ¿Ha escrito viviría y moriría?

VOZ SANCHO ¡Misericordia!

MANTEADORES ¡Eh..., ah!

PEDRO M. "Norte de mis andanzas, polo de mi destino, tu fiel esclavo ha hecho voto de no aparecer en tu presencia hasta que se halle cubierto de gloria, como los paladines antiguos. ¡Ojalá que estos ojos que ha de comerse la tierra no lleguen a cerrarse sin haber visto la luz!"

VOZ SANCHO ¡Deteneos, por compasión!

MANTEADORES ¡Eh..., ah!

PEDRO M. ¿Qué te parece?

ALDONZA Yo no lo entiendo.

VOZ SANCHO ¡San Cristóbal!

MANTEADORES ¡Eh..., ah!

PEDRO M. Toma. (LE DA LA CARTA.) Cuélgala a la cabecera de tu cama. Será para ti una ejecutoria de nobleza y un regocijo más para tus visitantes. (VA A SALIR.)

ALDONZA ¡Señor Pedro Martínez! ¿Me hacéis el favor de enseñarme el lugar...?

PEDRO M. ¿Qué lugar?

ALDONZA Donde dice: "viviría y moriría por ti"...

PEDRO M. ¡Aquí!... ¡Pero lo demás es también oro puro!

(VAN A REUNIRSE CON LOS MANTEADORES, QUE CESAN EN JUEGO CON GRANDES RISOTADAS. ALDONZA CONTEMPLA LARGAMENTE LA CARTA Y SALE. SE HA HECHO DE NOCHE. LA LUNA TRANSFIGURA EL CORRAL. UN SILENCIO. SANCHO, HOSCO, EL TRAJE EN DESORDEN, SE DESLIZA TEMEROSAMENTE A LO LARGO DE LOS MUROS.)

SANCHO ¡Otra casa encantada! (SE DEJA CAER SOBRE EL BROCAL DEL POZO.) A la hormiga, para su desgracia, le nacieron alas, y a mí también esos malvados me pusieron alas, para mi mal.

ALDONZA (VUELVE CON UNA TAZA, QUE TIENDE A SANCHO.) Toma, bebe.

SANCHO ¡Tened piedad de mí, mi señora Dulcinea! Yo sé quién sois, a pesar de las apariencias.

ALDONZA Aquí no hay señora, ni ocho cuartos, sino una moza de mesón, que se llama Aldonza.

SANCHO Será como gustéis. Entre el sí y el no de una mujer no cabe un alfiler.

ALDONZA ¿Eres bobo o te haces el gracioso? Toma el vino.

SANCHO ¿No será una nueva celada? ¿Otra burla dañina? ¿Será un bebedizo, que me vuelva en buitre o en cochino?

ALDONZA No tengas miedo y bebe.

SANCHO (DESPUES DE HABER BEBIDO.) Por el siglo de Noé, ¿no es esto vino de Valdepeñas?

ALDONZA ¡Buen catador! ¡Y del año pasado!

SANCHO Debajo de una mala capa se esconde un buen bebedor. Dios os lo pague. Y ahora, por el ser que os sea más querido, ¿me juráis que sois vos misma, tal como os veo?

ALDONZA Yo no tengo persona por quien jurar.

SANCHO ¿Este olor de ajos es verdaderamente vuestro olor, en lugar de no sé qué perfume de ámbar y de lirios?

ALDONZA Al que le disguste el ajo, que vaya enhoramala.

SANCHO ¿Qué le diré yo a mi señor?

ALDONZA Su carta repleta de palabras que brillan como el sol, y que, como el sol, ciegan. ¿Por qué me ha escrito?

SANCHO Porque os ama y quiere consagraros su vida y sus hazañas.

ALDONZA ¿Qué es él?

SANCHO El terror de los malvados y el sostén de los oprimidos.

ALDONZA ¿Qué hace?

SANCHO Persigue a la injusticia, reconforta a los débiles, liberta a los inocentes, da de comer al que tiene hambre y de beber al que tiene sed.

ALDONZA ¿Y qué quiere de mí?

SANCHO El permiso de servirlos como a su dama.

ALDONZA ¿Y crees tú que voy a picar ese anzuelo? ¡Permiso de servirme!... ¡Como si me lo pidieran los trajinantes que me derriban en la alfalfa! ¡Anda y abre las piernas!

SANCHO ¡Señora Dulcinea!

ALDONZA ¡Borríco! Nadie abrió nunca la boca para preguntarme si estaba alegre o tenía una pena. Ni siquiera el primer mozo a quien dí gusto. Ni aun el cura que me confiesa. Soy como esa carne ciega que da vueltas a la noria. ¡Anda, morena! ¡Aguanta, morena! ¡Revienta, morena! ¡Y un hombre como él te iba a enviar a buscarme! ¡A mí no me comulgas con ruedas de molino! ¡Permiso de servirme como a su dama!... ¿Y por qué, pregunto yo?

SANCHO ¿Por qué las moscas dejan su marca, blanca sobre el negro y negra sobre el blanco? ¿Por qué se prefiere un caballo de Córdoba, un buey de Galicia, una espada de Toledo y una gaita de Zamora? Yo no sé más que una cosa: Mi señor me ha dicho que os ha elegido entre todas las mujeres. Eso es asunto suyo y no mío. Da el mazo en el clavo, y el clavo en el madero.

ALDONZA ... Entre todas las mujeres...

(BAJA LA CABEZA. LARGO SILENCIO.)

SANCHO ¿Qué he de responderle?

ALDONZA Yo no entiendo de esas delicadezas. Que venga él si quiere, y yo pondré sábanas limpias...

SANCHO No se trata de eso. Pero ya entiendo que queréis lo que él quiera. Podrá lamerse los bigotes como un gato que se come una corada. ¡Dios os bendiga! ¡Ilégate, mi Rucio; Ilégate, hijo mío! Juntos por el camino nos daremos maña para urdir frases de ringorrango.

ALDONZA ¿Qué frases?

SANCHO Las que vos pudisteis decirme. De aquí a la sierra necesitamos levantar un palacio.

ALDONZA ¿Qué palacio?

SANCHO El palacio en que pude hallaros. Y también le haré respirar ámbar y lirios, en lugar de ajos.

ALDONZA Pero eso será mentir.

SANCHO ¿Qué sabe uno nunca? ¿Es escoger lo que a él le gusta? ¡Es tan sin malicia!

ALDONZA ¿Le quieres mucho?

SANCHO Como a las niñas de mis ojos. ¡Dios os guarde, seáis quien seáis!

ALDONZA El te acompañe, Sancho.

(ELLA LE MIRA PARTIR SOBRE SU ASNO. LUEGO COGE EL CUBO VACIO, DA ALGUNOS PASOS Y SE PARA A SONAR, SONRIE Y SALE.)  
(ENTRA EL MULERO CON SU GUITARRA Y LA PARODIA GROTESCAMENTE.)

MULERO Ató a mi ventana su banda dorada.  
 ¡Que él rey me ha escogido  
 para ser su amada!

(APARECEN PEDRO MARTINEZ, DIEGO HERNANDEZ, EL HIDALGO, EL SOLDADO Y EL VENTERO.)

para ser su amada,  
 para ser su amiga  
 ató a mi ventana la rama florida.

(EL CUADRO TERMINA ENTRE GRANDES CARCAJADAS.)

CUADRO SEGUNDO.

Algún tiempo después. El corral de la venta. Fin de una tarde dorada de septiembre.  
 (EL VENTERO teje una red cantando.)

VENTERERO Vió venir una galera  
 que a tierra quiere llegar;  
 las velas trae de seda  
 las jarcias de oro torzal;  
 áncoras tiene de plata  
 tablas de fino coral.  
 Marinero que la guía  
 diciendo viene un cantar,  
 que la mar ponía en calma  
 los vientos hace amainar...  
 (ENTRA EL BACHILLER.)

BACHILLER Dios os guarde.

VENTERERO El os acompañe.

BACHILLER ¿Tenéis vino fresco?

VENTERERO Se enfrió esperándoos. ¡Aldonza!, una jarra para este caballero.

BACHILLER ¿Preparáis una trampa para los tordos?

VENTERERO Para la vendimia se marchan los tordos; pero vuelven las perdices.

BACHILLER Mayor caza os traen. Acabo de cruzarme ahí abajo con una jaula puesta sobre una carreta de bueyes, donde llevan un loco que vuelven a su pueblo. Los vendimiadores la rodean con gran algazara.

(ALDONZA TRAE LA JARRA.)

ALDONZA Que os haga buen provecho.

VENTERERO Y que sea de vuestro agrado.

BACHILLER Si la huéspedea es guapa, el vino es bueno. Este debe de ser excelente; ¿cómo te llamas?

ALDONZA Aldonza.

BACHILLER A tu salud, Aldonza. Sabes que me estás gustando y que voy a enamorarme? Así lo ordenan tus ojos y mi ventura.

ALDONZA Mis ojos no son de los que dan órdenes, y yo os deseo mejor fortuna.

BACHILLER ¿Eres tan cruel que vas a impedir al que se está muriendo por ti abrazarse a su ventura? Si jugases a ser la mujer de Putifar, yo no te iba a dejar la capa entre las manos.

ALDONZA ¿No tenías sed? Pues bebed en paz.

BACHILLER La jarra apaga mi sed de vino. Pero la sed que tú me causas, ¿quién va a aplacarla?



ALDONZA Todas las mujeres pueden hacerlo (SE ENTRA EN LA VENTA.)

VENTERO Sois hábil en floeos de lenguaje.

BACHILLER Si me dirijo a las buenas mozas, ¿no es conveniente llenar el árbol de flores antes de cogerle los frutos?

VENTERO ¿Dónde se aprende esa jardinería?

BACHILLER Hay que endurear los huesos y apretarse el estómago mucho tiempo en los colegios de Alcalá de Henares. Pero esta vez me parece que ha resultado vana mi ciencia. ¿De dónde habéis sacado tal doméstica? Es la casta Diana o Penélope, la prudente.

VENTERO En otro tiempo no se hacía la huraña. Pero no sé qué mosca de virtud le ha picado.

BACHILLER La moza mordida por una salamandra, se vuelve fría como ella.

VENTERO Eso no impide que, si vos tenéis empeño y pasáis la noche en la venta, no se avenga al fin a vuestros deseos.

BACHILLER Ya llega la procesión.

(EL CORTEJO QUE RODEA A LA CARRETA DE BUEYES SE ACERCA RUIDOSAMENTE. POR EL PORTON SE VE PASAR, CANTANDO Y RIENDO, A LOS VENDIMIADORES, PERO NO SE VE AL HOMBRE QUE VA EN LA JAULA.)

BACHILLER Va encajonado como en su propio relicario.

VENTERO ¿Quién es el loco?

BACHILLER Sus guardianes me han dicho que es un tal Quijano, y que lo llevan a Argamasilla.

VENTERO Es más flaco que un sarmiento, y de momento parece muy pacífico.

BACHILLER Me voy con ellos; es cosa de risa.

VENTERO Pues id alegremente, señor bachiller.

(EL BACHILLER PAGA EL GASTO Y SE REUNE CON EL CORTEJO QUE CON RUIDO SE ALEJA. EL VENTERO VUELVE A CONTINUAR LA LABOR DE SU RED Y SIGUE SU CANTAR.)

Por tu vida, el marinero digásmelo hora ese cantar. Respondióle el marinero, tal respuesta le fué a dar: Yo no digo mi canción sino a quien conmigo va.

(SANCHO APARECE EN EL CAMINO TIRANDO DEL RONZAL DE SU BURRO. AMBOS PARECEN EXTENUADOS. SANCHO ENTRA, ATA AL BURRO A UN PILAR Y SE DEJA CAER EN UNA MESA.)

SANCHO ¡Dadnos de beber a los dos!

VENTERO Pero, si no me engaño, aquí está de nuevo nuestro valeroso escudero. ¿No reconocéis vos la casa?

SANCHO No... Es decir... Vamos, hijo mío, beberemos en otro lado.

VENTERO ¿Así se abandona a los amigos? Sentáos, ponéos a vuestra comodidad. Pero, ahora que caigo, ¿no será vuestro señor ese que acaba de pasar con tan gran aparato? Vos vais siguiendo de largo el cortejo.

SANCHO No os comprendo.

VENTERO El loco es, pues, ese insensato que se cree caballero andante.

SANCHO Yo no conozco a ese hombre.

VENTERO ¡Ha cantado el gallo de San Pedro!

SANCHO Pues bien, sí. Ese es Alonso Quijano, que ahora se hace llamar Don Quijote de la Mancha. Le han enjaulado como a un lobo y le llevan a nuestro pueblo, que está allá abajo, al final de ese camino. ¡Pero si sois católico cristiano, dadnos algo de beber!

VENTERO Aldonza, tráete un jarro y ven a oír maravillas.

SANCHO No sé dónde tengo el pie derecho.

VENTERO Vos, que, por lo menos, ya os imaginábais Virrey...

SANCHO No hay que tentar a Dios. Y el que ama el peligro, en él perece.

(ENTRA ALDONZA CON EL JARRO.)

ALDONZA ¡Sancho!

SANCHO Señora, cuyo nombre desconozco.

VENTERO ¡Ah! Has reconocido al primer vistazo al gentil mensajero. ¡Qué orgulloso estaba aquella noche, y qué hermosa carta traía perfumada de retórica y enramada de metáforas.

ALDONZA No me acuerdo.

VENTERO ¿No la habías aprendido de memoria?

ALDONZA Entonces, las hojas estaban verdes y ahora están ya rojas.

VENTERO Pero hoy no sacará de su faltriquera otra nueva carta.

ALDONZA Mejor. Los juegos largos, cansan.

VENTERO El criado esta vez viene siguiendo a su señor. (ALDONZA SE CALLA.) El caballero en persona viene por el camino.

ALDONZA Como soy boba y me chupo el dedo, qué gracia tiene el engañarme.

VENTERO Te digo que está ahí mismo, a la luz del día, en una carroza. Todo un gran cortejo canta y danza en torno suyo.

ALDONZA Abrid la boca y os caerá la breva.

VENTERO No tienes más que dar dos pasos... Ven a verlo.

ALDONZA No...

VENTERO Date prisa; va a alejarse.

ALDONZA No.

VENTERO ¡Vamos, princesa! ¿Es que temes no ser bastante ámbar y lirio, alabastro y coral? Ven.

(ELLA SE ACERCA LENTAMENTE AL PORTON DONDE LA LLAMA EL VENTERO.)

Allá. ¿No lo ves?

ALDONZA ¿Aquellas gentes?

VENTERO Vuelven a su casa a un demente que han cogido y encerrado en una jaula. Es el muy magnífico señor Don Quijote de la Mancha.

ALDONZA No es verdad.

VENTERO Oye el testimonio de su escudero. Acaso el amor le volvió loco.

SANCHO O quizá lo sea de nacimiento.

(EL VENTERO SE ECHA A REIR.)

ALDONZA Reid hasta reventar. A mí eso no me escuece.

SANCHO Por compasión, un cubo de agua para el Rucio; un buen cubo de agua fresca...

(ALDONZA SE LLEVA EL ASNO. SANCHO VA A BEBER, PERO EL VENTERO LE DETIENE.)

VENTERO El jarro vale tres maravedís.

SANCHO Desde ayer estoy sin blanca. Tendréis que cobraros de algunas de mis prendas.

VENTERO Vete a buscar mendrugos en la cama del galgo. Voy a quedarme con tus calzones o con tu jubón.

SANCHO ¿Mi jubón por un solo jarro de vino?

VENTERO Te llenaré también esa bota que te cuelga de un lado y que da pena de ver tan flaca.

SANCHO Y no menos necesidad tengo de medio queso y un mendrugo. Si es verdad eso de que el hambre agudiza el ingenio y el mucho comer lo embota, el mío hoy debe de estar más afilado que punta de veleta y más picante que lengua de monja.

VENTERO Alargaré mi generosidad hasta daros el queso y el mendrugo.

SANCHO Pero, ¿qué le diré luego a mi mujer?

VENTERO ¿Pero vos estáis casado, escudero andariego?

SANCHO Sí, señor. Yo quiero a mi Teresa más que a mis ojos, y a Sanchica, mi hija, que va para los quince, más que a mis pestañas. Es tan alta como una lanza y más tiesa que un huso. ¿Qué dirán cuando me vean volver, no solamente sin reino y sin ínsula, sino hasta sin jubón? Me zumban las orejas sólo de pensarlo. Bien vinieres, mas si vienes solo... No daré mi jubón.

VENTERO Guardaré mi jarro.

SANCHO ¡Oh, venta del Toboso, purgatorio de caminantes! ¿Es vino de Valdeñas?

VENTERO Lo es.

SANCHO ¿De la cosecha del año pasado?

VENTERO Del año pasado. Y toca la jarra, cómo trasciende frescura.

SANCHO Esperad. Tengo por aquí alguna cosa.

(REVUELVE SU ALFORJA Y SACA EL YELMO DE MAMBRINO.)

VENTERO ¿Qué es ésto? Una bacía de barbero.

SANCHO Lo que decís, una bacía de barbero. No hay lugar a dudas: una bacía ciertamente.

VENTERO El azofar parece bueno.

SANCHO Es una bacía de azofar.

VENTERO Pero está muy abollado.

SANCHO Culpa es eso de las piedras que llovieron sobre ella yendo en la cabeza de Don Quijote.

- VENTERO ¿Pero la usaba como sombrero?
- SANCHO Cuando se la conquistó a un barbero ambulante la tomó por el yelmo de oro puro que Reinaldo de Montalbán le quitó en otro tiempo al rey Mambrino. ¡No estaba poco orgulloso de ella mi señor!
- VENTERO Es necesario estar trastornado.
- SANCHO ¿No es verdad?... Confundir una bacía de azofar con un yelmo de oro. Es de risa.
- VENTERO Trato hecho. Bébete el vino, me quedo con la bacía.
- SANCHO ¡Qué bien brillaba al sol!...
- VENTERO Venga, trae.
- SANCHO Toma.
- (EL VENTERO SALE, SANCHO BEBE Y SUEÑA. VUELVE ALDONZA.)
- ALDONZA No es verdad que está loco.
- SANCHO Lo está. Y yo todavía más loco por haberle seguido por esos andurriales sin más paga que paliza tras paliza y puñetazo sobre puñetazo. ¿Es, acaso, vivir el comer unas nueces y un puñado de bellotas bebiendo el agua, ahora de un arroyo y luego de una fuente? Y no cuento los días pasados, sin otro desayuno que el viento que soplara. Y no hablemos del dormir. Tomad para vos, hermano escudero, siete pies de tierra, y si queréis más, tomaros otro tanto. Es cuenta vuestra vaciar el saco. Tendeos a vuestro gusto. Si me crecieran las orejas, sería yo tan asno, como el Rucio.
- ALDONZO Por lo menos, eres peor que un perro, que no muerda la mano que le da un mendrugo. Tú le veías, tú le hablabas, tú le servías, te llenabas la boca hablando de él y estabas más orgulloso que una mula que sacude sus cascabeles, y ahora, porque te han dado unos cuantos palos y has tenido que apretar unos puntos, tu correa y te hicieron dormir sin colchón de plumas, te pones a decir como los otros: ¡Está loco!
- SANCHO ¡Un iluso que tomaba los molinos por gigantes! ¿No había de ser un insensato? Jamás supo distinguir el oro del azofar y llama yelmo a una mala bacía de barbero. Cuando volví después de veros, lo encontré en cueros, como lo había dejado, más flaco y más tostado. ¡Si le hubiéseis visto tragarse como si fuesen aguamiel todas las bernardinas que yo le conté de vuestro palacio, de vuestra belleza, de vuestras palabras! Y que le aceptábais por caballero, mandándole llevar vuestros colores. Y que le esperábais casta y fiel hasta eu volviere cubierto de gloria. Rosario de disparates. Un niño le haría creer que es de noche en pleno día. Desde aquel momento, cada día, al salir y al ponerse el sol, como los moros que ruegan mirando a la Meca, le he visto arrodillarse de cara al Toboso y hablaros un cuarto de hora largo como si hubiéseis podido oírle.
- ALDONZA ¿Qué decía?
- SANCHO Sermones más largos que de aquí a Pamplona. Estos dos tragos me han salvado la vida.
- ALDONZA ¿Qué decía?
- SANCHO "Belleza semejante a mi esperanza, igual a mi virtud. ¿Qué son los ojos sin mirada ni los labios sin palabras? Tu alma es casta en tu cuerpo intacto." Y llenaba el viento de gemidos como un endemoniado. O bien: "¡Bendita seas, Dulcinea, corazón puro, que no esperastes a conocer para ser fiel y que antes de haber amado ya perteneciste a tu amor! ¡Ya veis que hablaba como un insensato!"
- ALDONZA ¡Que sea verdad y que me coma la lepra! Y ahora, ¿qué va a hacer?
- SANCHO Su ama va a meterlo en la cama, a cuidarlo; le anegará en tisanas y le afforrará de cataplasmas. Después, el cura y el barbero, que son muy

sabios y muy ingeniosos, ya se las arreglarán para impedirle que vuelva a salir a correr por el mundo.

ALDONZA Pero, ¿no le harán daño?

SANCHO ¡Hacerle daño! A él que fué tan bueno siempre con los desgraciados y se consumió queriendo defenderlos hasta el último extremo! Será loco, pero de qué manera. Porque es tan generoso, como San Martín, y tan valiente como Bernardo del Carpio. Cuando cargaba solo contra un rebaño de corderos creyéndolo un ejército, su locura estaba a la altura de los corderos; pero su valor tenía la grandeza del ejército.

ALDONZA Dame un abrazo, cara de torta, y bendito sea el día en que te parió tu madre.

SANCHO ¿Por qué te ríes ahora?

ALDONZA Está vencido, Sancho; está enfermo...

SANCHO Y loco.

ALDONZA Y loco, acaso. Y no quieres que me ría.

SANCHO No hay que tirar la soga tras el caldero. ¿Quién os dice que no valga él más que su desgracia?

ALDONZA Tonto. Yo no podía hablar de él más que a los animales. Por mucho que yo me retorciera la mollera que nunca tuvo la costumbre de pensar en grandes cosas, ¿no es verdad?, me quedaba tan ciega como un murciélago a medio día. ¿Verdades o disparates? Lo cierto es que él no venía, que no vendría nunca. Había pensado en mí una vez porque sí, como yo a los diez años pensé en hacerme monja. Y luego se acabó. Sobre todo, se podía figurarme que un buen día iba a estar aquí detrás de esa puerta. No me necesitaba. Era grande, estaba lejos. Estaba perdido para mí. Pero de pronto cae de los cielos, débil, atormentado, deshecho, burlado por todos. Ahora puedo acercármele. ¡Y no quieres que ría! Llévame a su lado.

SANCHO ¿Vos... a nuestro pueblo?

ALDONZA Vamos.

SANCHO ¿Qué diría mi Teresa?

ALDONZA Me separaré de ti en cuanto se dividen a lo lejos las primeras casas y no te conoceré siquiera, si lo prefieres. Llévame. El Rucio espera a la puerta. En una Avemaría hago mi atilío.

SANCHO ¿Pero el Zurdo?

ALDONZA Yo soy libre y no le debo nada a nadie.

SANCHO Tomaos tiempo de pensarlo. De aquí a mañana hay espacio suficiente. Las gentes prudentes no lo arriesgan todo en un día. Y quien más corre antes tropieza.

ALDONZA (RIENDO.) Sí, Sancho; pero quien da primero da dos veces.

SANCHO No habéis de dar, es mal presagio.

ALDONZA Echa a andar; te cojo en el camino.

(ELLA SALE. SANCHO REFLEXIONA, RASCANDOSE LA CABEZA. DESPUES SE QUITA LENTAMENTE EL JUBON Y LLAMA.)

SANCHO Juan el Zurdo.

(EL VENTERO APARECE EN LA PUERTA.)

Toma mi jubón. Devuélveme el yelmo.

CUADRO TERCERO

Sala en casa de Don Quijote. Entran el cura, el barbero y el ama.

CURA Gracias a Dios, ya lo tenemos acostado, bizmado y dormido. ¡Penosa vuelta! ¡Desenlace lamentable! ¿Vióse nunca a un hidalgo metido en una jaula? ¡Y qué jaula! Una jaula puesta en una carreta. ¡Y qué carreta! Una carreta de bueyes. Jamás pensé que nuestro amigo llegase a perder hasta tal punto la dignidad.

BARBERO ¡Y pensar que se estropea y se pierde el más delicado entendimiento que jamás hubo en toda la Mancha! ¡Qué buenos ratos hemos pasado en otro tiempo disertando doctamente sobre los bienes del estudio, sobre las armas y las letras o examinando los abusos, corrigiendo torpezas y proponiendo reformas para la prosperidad del Estado. De toda cosa hablada con circunspección, de todas discurría con sentido y no sin mezclar saludables máximas antiguas.

CURA A mí me gustaba también discutir con él algunas sutilezas teológicas sobre los méritos comparados de algunos santos o sobre frases oscuras de los poetas.

AMA No había otro como él para hacer un recibo o llevar un libro de cuantías.

BARBERO Pero todo lo echó a rodar un día en que se entregó a esos libros de calligrafía.

AMA Yo tengo la culpa de todo, por no avisar antes a vuestras mercedes. Sepa, señor licenciado, que muchas veces se estuvo leyendo en esos desalmados libros dos días con sus noches. Al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos y ponía mano en la espada y andaba a cuchilladas con las paredes, y cuando estaba muy cansado, decía que había muerto a cuatro gigantes como cuatro torres. Y el sudor que sudaba del cansancio, decía que era la sangre de las heridas que había recibido en la batalla y bebíase luego un gran jarro de agua fría y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife, un gran encantador y amigo suyo.

CURA La razón es una llamita vacilante hasta en la gente biennacida.

AMA Si yo os hubiese avisado, acaso hubiéseis podido ponerle remedio antes de que llegara a lo que ha llegado. Porque lo peor es que se ha comido lo mejor de su hacienda. Necesitaba muchos ducados para comprar los malditos libros y para llenar la bolsa que él llamaba tesoro de guerra. Hanega tras hanega, fué vendiendo la tierra de sembradura, y si pasa algún tiempo más se hubiera parecido a tantos que detrás de los blasones de sus puertas tienen que remendar sus calzas verdes con mala lana negra.

CURA Hay que encerrarle en su cámara y no dejarle salir con ningún pretexto. Yo le diré lo que conviene.

BARBERO Yo le haré una o dos sangrías, le untaré de un unguento de eléboro y le daré a tomar aceite de clavel.

AMA Voy a rociar la casa de agua bendita. ¿no piensa vuestra merced, señor cura, que con un exorcismo...?

CUADRO CUARTO

Grandes cortinas de tela pintada con grandes ramajes antiguos de colores marchitos. Entra Sancho. El Ama sale por la juntura de las cortinas.

AMA ¡Chitón! ¡Silencio, hombre!

SANCHO ¿Es cierto que está peor?

AMA Maese Nicolás meneaba la cabeza cuando le tona el pulso. El pobre está en calma. Pero piensa en la salvación de su alma. Hace poco que confesó y ahora está dictando el testamento.

SANCHO Yo quiero verlo.

AMA Nada tienes que hacer aquí. Ve a labrar tus negujares.

SANCHO ¿Pretenderás tú impedirme la entrada?

AMA Sí, señor. ¡Ojalá no hubieses pisado nunca estos umbráles.

SANCHO Dijo la sartén al cazo: apártate allá, ojinegrá.

AMA ¿Quién si no tú, mostrenco, distrae y sonsaca a mi señor y lo lleva por esos andurriales?

SANCHO El distraído y sonsacado soy yo, ama de Satanás, que él me sacó de mi casa prometiéndome una insula que aún la espero. ¿No has oído desde aquí los gritos de mi Teresa al verme entrar sin ella?

AMA Malas insulas te ahoquen; yo te digo que no entrarás.

SANCHO Dueña de los demonios.

AMA Antes pasarás sobre mi cuerpo.

SANCHO ¡Qué más quisieras tú, destalonasantos!

AMA Hazte allá, majagranzas, harto de ajos.

SANCHO Mala garrucha es la que más chirría.

AMA Saco de maldades.

SANCHO ¿Cuándo te sacan con corozas y plumas?

AMA Costal de malicia.

VOZ DE D. Q. ¡Sancho! (PAUSA.) Dejadle entrar a Sancho.

SANCHO Obedece, sierva.

(LAS CORTINAS SE ABREN, DEJANDO VER LA CAMARA DE DON QUIJOTE. EN EL LECHO, POR ENTRE LAS CORTINAS A MEDIO CORRER, NO SE DESCUBRE MAS QUE LA FLACURA DE SUS PIERNAS BAJO LA COLCHA, Y EN ALGUNOS MOMENTOS, SU MANO. EN LOS MUROS BLANCOS SOLO PENDEN UNA CRUZ Y LA ESPADA. PERO LA POBREZA DE LA CELDA ESTA GLORIFICADA POR EL ORO DEL SOL PONIENTE. EL ESCRIBANO GARRAPATEA SENTADO JUNTO A LA VENTANA CON EL CURA Y EL BARBERO.)

VOZ DE D. Q. Amigo Sancho, no te dejes insula.

SANCHO Para nada necesito yo ahora una insula. Lo único que quiero es veros repuesto. Ya hablaremos de insulas y gobiernos cuando volvamos a ponernos en camino con Pocinante y con el Rucio.

VOZ DE D. Q. Ya en los nidos de antaño no hay nájaros hogaño.

SANCHO No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que pueda hacer un hombre en esta vida, es dejarse morir sin más ni más.

VOZ DE D. Q. Déjate de burlas que yo siento que me voy muriendo a toda prisa.

SANCHO Mire, no sea perezoso, sino levántese de esa cama y vámonos al campo, que pote lañado, mejor que lastrado, y viva la gallina y viva con su pepita, y junto al veneno se halla la triaca.

VOZ DE D. Q. Yo no puedo ya sanar ni aun con medicina de refranes.

- SANCHO De gentes avisadas es guardarse hoy para mañana.
- VOZ DE D. Q. Las cosas no son eternas, sino que van declinando desde su principio hasta el fin. Yo estoy ya en reala para mi camino y no espero en este mundo más que morir en paz.
- ESCRIBANO Ya está todo en regla. Cada uno figura con su parte, y la Iglesia con la suya, conforme a la voluntad del señor Quijano.
- AMA Cierra los ojos y se traspone.
- ESCRIBANO Mas para la validez de este testamento escape a toda discusión, y yo soy incapaz de redactar una pieza que no sea irreprochable según las reglas de uno y otro derecho, aún falta una cosa.
- CURA ¿Aparte de la firma y la rúbrica, qué es lo que falta, señor escribano?
- ESCRIBANO Para que la firma sea válida, ha de ser reforzada y sostenida por una declaración hecha por cuatro testigos y por mí mismo, de que el testador está en pleno uso de sus facultades mentales..
- CURA ¿No estamos aquí precisamente cuatro y dispuestos a testificar?
- ESCRIBANO Permitid. Es cosa notoria que el hidalgo ha sido traído en una jaula como si estuviera frenético. La opinión común deduce de ahí que está loco.
- SANCHO No me vengáis con niñerías que no me chupo el dedo. A cada uno lo suyo. Y donde menos se piensa saíta la liebre. Sólo os deseo que no estéis vos más loco que él.
- ESCRIBANO Perdonad. Yo no hago más que tomar en cuenta una opinión no carente de lógica.
- SANCHO Del árbol caído todos hacen leña.
- BARBERO En realidad la extravagancia de nuestro amigo sólo lo es en cuanto se refiere a los libros de caballería. No puede calificarse de demencia lo que no es, en suma, más que un gusto literario.
- CURA Soy de la opinión de maese Nicolás. El enfermo no tiene en ninguna manera perdida la razón. No dudéis en aceptar su testamento, como yo no he dudado en confesarle y darle la absolución.
- AMA Mi querido señor ha dado clara muestra de su buen juicio en las mandas que nos deja.
- ESCRIBANO Perdonad. Estimo prudente asegurarme por mí mismo, y si vuestra Reverencia es gustoso, yo quisiera hacer al Hidalgo una o dos preguntas.
- CURA Haced como gustéis.
- (INCLINADA SOBRE EL LECHO.) El señor Escribano quisiera...
- VOZ DE D. Q. (DESPERTANDO SOBRESALTADO.) ¡Atras, follón! Si no quieres probar la fuerza de mi espada, respeta la vejez del valeroso. Pentapolín del arremangado brazo.
- ESCRIBANO ¿Qué significa...?
- BARBERO Sin duda estaba soñando.
- CURA No es un malandrín el que viene a hablaros, sino el señor Escribano, rodeado de vuestros buenos amigos.
- VOZ DE D. Q. Dios os guarde, señor Licenciado.
- ESCRIBANO He redactado vuestras disposiciones como me lo ordenasteis, y ahora necesito vuestra firma.
- VOZ DE D. Q. Lo mejor será que me sostengan y acaso que me ayuden un poco.



ESCRIBANO ¿Con qué nombre queréis firmar?

VOZ DE D. Q. Don Quijote de la Mancha.

ESCRIBANO ¿Y qué títulos os pondré? ¿Cómo mencionaré vuestra profesión?

VOZ DE D. Q. Mi profesión ha sido la de andar por el mundo enderezando entuertos y castigando injusticias. Poned solamente: Caballero Andante.

ESCRIBANO (VOLVIENDO A LA VENTANA.) Ya lo habéis oído. Si se obstina en ello, el testamento es nulo. El cándido escribano que hiciera un documento de esta naturaleza no daría poco que reír a sus costas en Castilla.

CURA Despertaos, amigo, y no volváis a hablar de D. Quijote ni de caballerías.

VOZ DE D. Q. ¿Qué queréis decir?

CURA Recordad que vos sois Alonso Quijano, el Alonso Quijano a quien por sus costumbres la voz popular dió en otro tiempo el dictado de bueno.

BARBERO El discreto, el erudito Quijano, cabeza y lumínar de nuestro pueblo.

CURA Usad de la razón que le plugo daros al cielo. ¿Cómo queréis pasar por caballero andante, si tales personajes no nacieron más que en la imaginación de los poetas? Pesad en su valor las aventuras que de ellos se cuentan. Nada semejante se da en la naturaleza, que es el maestra-sala de Dios.

BARBERO Volved a la cordura. Esos libros no son más que falsedades, tonterías y perniciosos embustes. Todos esos Amadises de que están llenos no existen más que en los cerebros calenturientos.

VOZ DE D. Q. ¿Estáis, pues, dispuesto a negar que hayan existido una guerra de Troya, un Carlomagno con sus doce pares, un rey Artús con su tabla redonda? ¿Tratáis soberbiamente de mentiras el cerco de Zamora, la conquista del Santo Grial y las hazañas de los cruzados para libertar el sepulcro de Cristo?

BARBERO Metéis en un mismo costal la verdad y la fábula.

VOZ DE D. Q. ¿Y con qué autoridad decís vos: esto es fábula y esto es verdad?

ESCRIBANO ¿No juzga Vuestra Reverencia que es inútil insistir? Reconoced la evidencia y daros a partido.

VOZ DE D. Q. Lo mismo que han vivido ésos que llamáis quiméricos paladines, he vivido yo desde el día en que fui armado caballero.

CURA Ya que es necesario decíroslo para arrancaros de vuestros ensueños, habéis de saber que jamás fuisteis armado caballero.

VOZ DE D. Q. ¿Es ahora nueva y piadosa costumbre ir a burlarse de los moribundos?

SANCHO No se incomode vuestra merced, pues ya sabe que no pueden hacer afrent mujeres, niños, ni gentes de iglesia.

CURA El castellano que os armó no era tal, sino un ventero socarrón, que anda contando la historia para regocijo de pasajeros, y las nobles doncellas que os servían fueron por vuestra mengua dos mozas de partido.

VOZ DE D. Q. Guardad esas palabras. Si yo no hubiese sido bien y convenientemente armado con todas las gracias y preeminencias que de tal acto se desprenden, ¿de dónde me hubiese venido la fuerza para tantos combates? ¡Yo he conquistado el yelmo de lambrino!

BARBERO ¡Gran conquista! Un primo hermano suyo está en mi tienda.

VOZ DE D. Q. He vencido al caballero de los espejos. Que era nuestro vecino el bachiller Sansón Carrasco, con un disfraz de carnestolendas. Había

apostado a que no le reconoceríais.

SANCHO Vuestra merced me perdone; pero iba con él un escudero como debe ser. Yo hablé con él y bebí de su bota y le oí contar a lo largo y a lo ancho las hazñas de tu señor, hechos prodigiosos y casi increíbles.

CURA Era el labrador Tomé Cecial, tu compadre.

SANCHO A otro perro con ese hueso. ¿Cómo no había yo de conocer a mi compadre al que veo todos los días? Tanto se le parecía aquel escudero como el ama a una buena moza. Aquél tenía una nariz de color berengena, llena de berrugas y tan grande que se habría podido sentar uno a su sombra cómodamente.

BARBERO En el arca guarda aquella nariz y puede enseñártela.

VOZ DE D. Q. Hemos cabalgado en los aires sobre el lomo de Clavileño, el mismo que llevó al valeroso Pierres y a la bello Magalona.

CURA Una burla a la moda italiana que maquinaron los duques por divertirse en su castillo. Resignaos cristianamente, hijo mío, no fuisteis héroe, sino bufón. El caballo de madera no se levantó un palmo del suelo y vos no habéis sido jamás Don Quijote, sino Alonso Quijano el Bueno.

VOZ DE D. Q. ¿Por qué no moriría yo en un combate aunque hubiera sido bajo las piedras de los galeotes o las estacas de los yangueses...?

AMA Acordaos, señor, de la buena, prudente y discreta vida que llevabais en otro tiempo, antes de que entraran en esta casa esos malditos libros. En el invierno, vuestro sillón junto al fuego; en el verano, el banco bajo el emparrado y en su sazón la caza por esos campos con vuestro lebre! Barcino.

(PAUSA.)

ESCRIBANO ¿Y qué?

VOZ DE D. Q. Seré Alonso Quijano, puesto que lo queréis, pero dadme de beber y dejadme en paz.

CURA ¡Gracias a Dios!

ESCRIBANO Los testigos deben firmar el escrito con sus títulos y cualidades. Primero voy a tomar nota...

(EL CURA Y EL BARBERO SE SIENTAN A LA MESA DONDE PLUMEA EL ESCRIBANO. EL AMA SE LES UNE DESPUES DE HABER DADO DE BEBER A DON QUIJOTE. SANCHE PERMANECE SOLO A SU LADO.)

VOZ DE D. Q. El que bien pronto va a juzgar mi ánima, sabrá muy bien quién soy.

SANCHO No se mueve una hoja sin la voluntad divina. Roguémosle que os deje en este mundo todavía. Si vos os vais, los malos hormigearán por él como gusanos, y los inocentes estarán a merced de los perversos. Quedaos con nosotros para defenderlos, señor Don Quijote, dueño mío, flor y nata de la andante caballería.

VOZ DE D. Q. Gracias, Sancho fiel.

(PONE LA MANO SOBRE LA CABEZA DE SANCHE. EN TORNO DEL ESCRIBANO HABLAN EN VOZ BAJA.)

ESCRIBANO ¿Y ya está todo?

CURA Podéis añadir: graduado en Sigüenza.

VOZ DE D. Q. ¡Oh, Dulcinea! Perdona mi debilidad...

ESCRIBANO ¿Qué dice?

CURA No es nada.

BARBERO Siempre sube la fiebre al caer el día.

CURA En todo caso, será un delirio pasajero, pero no locura.

AMA Eso no tiene nada que ver ya con el testamento.

VOZ DE D. Q. Yo he deseado ardientemente verte y oírte en este mundo. ¡Qué dulce hubiera sido tu mano!

ESCRIBANO Ahora vos. Nombre, títulos y cualidades.

AMA Doña Rodríguez Arlote y Burlacos.

ESCRIBANO ¿Vuestra edad?

AMA De linaje hidalgo.

ESCRIBANO Es vuestra edad la que pregunto.

VOZ DE D. Q. Me está llamando la que no espera. Voy a partir y tú aún no has venido.

ESCRIBANO ¿Con quién habla?

AMA Con su dama imaginaria. Esperó a tener cincuenta años para enamorarse de una mujer que no existe.

ESCRIBANO ¿De una mujer que no existe? ¿Dice el ama verdad?

AMA Podría jurarlo por Santiago, que no me dejará mentir.

CURA Así es, señor Escribano.

BARBERO Se ha forjado en la imaginación una princesa que ha bautizado con el nombre de Dulcinea.

ESCRIBANO ¡Ah! Aquí nos hallamos ante un hecho nuevo que vuelve a poner toda la cuestión sobre el tapete. Pues si es ya gran locura enamorarse a los cincuenta años, doble y triple locura es enamorarse de una dama que no existe. ¿Cómo podemos afirmar en conciencia que el testador no es un insensato?

CURA A decir verdad, no se trata más que de un juego, de un sencillo juego en el que se complace hasta el último momento.

BARBERO Como una suerte de improvisación poética.

AMA Acaso hablase de alguien que no fuese esta dama.

ESCRIBANO Yo no acabaré, concluiré y ratificaré este testamento más que en el caso de oír que el señor Quijano reconoce delante de todos que este amor es una quimera y que la tal Dulcinea no existe.

CURA No obstante, señor Escribano...

ESCRIBANO Excusadme, pero las leyes de mi profesión lo mandan y mi honor lo exige. Si el Hidalgo se niega a tal declaración, única prueba de que está curado de su insania, su testamento será considerado, indudablemente, como el de un loco, es decir, nulo y sin valor.

AMA ¡Santa Leocádia!

BARBERO Por probar no se pierde nada.

CURA Probemos. (SE ACERCA AL LECHO.) Señor Quijano.

BARBERO No oye ya.

CURA Señor Quijano, ha llegado el momento...

- VOZ DE D. Q. Bien, rezad conmigo.
- CURA No se trata de eso. Ha llegado el momento de responder con una prueba irrecusable a los calumniadores que ponen en duda la cordura de vuestra razón.
- VOZ DE D. Q. ¿Qué más queréis aún?
- CURA Reconoced que esa princesa de que gustáis en hablar con tanta frecuencia no es más que un juego de vuestra imaginación.
- VOZ DE D. Q. ¿Cómo un juego?
- CURA Que ella no existe.
- VOZ DE D. Q. Llamadme Quijano o como gustéis; pero el que mi dama exista o no exista, no depende de mí, ni de vos.
- CURA Pero si vos no la habéis visto jamás.
- VOZ DE D. Q. ¿Enseña acaso vuestra merced que sólo hay que creer en lo que se vé? Si yo no la he visto nunca, Sancho tuvo esa dicha. El le ha hablado y me ha traído cuenta de sus palabras.
- AMA ¡Ah! ¡El entremetido de tercería!
- BARBERO ¿Qué decís, Sancho?
- VOZ DE D. Q. EL ha entrado en su palacio.
- BARBERO ¿Tú has hallado un palacio en el Toboso, señor destripaterrones?
- SANCHO Sí, señor rapabarbas.
- CURA Pesa tus palabras, Sancho, ante tu santo patrón.
- SANCHO Para decir verdad, aquel palacio se parecía mucho a un hostel o venta.
- VOZ DE D. Q. Tú me lo describiste como un palacio y, de los mejores.
- SANCHO Yo se lo describí a vuesa merced a la vuelta, tal como vuesa merced me lo describió a mí a la ida; pues vos sabéis ver mejor las cosas de largo que yo, torpe de mí, las veo de cerca.
- CURA Mirad bien eso, señor Hidalgo.
- VOZ DE D. Q. Sancho, Sancho, por la salvación de tu alma y de la mía, habla honradamente y con franqueza. ¿La belleza de mi señora, su gentileza, sus discretas razones son las mismas que tú me has dicho?
- SANCHO Poco más o menos, mi buen señor. Yo miraba por vuestros ojos, y el amor pone anteojos color de rosa. La Dulcinea que yo ví no era lo bastante hermosa para mi gusto; olía un tantico a ajos, y de no estar advertido, la tomará por moza de servicio. ¿Pero no era esto encantamientos y maleficios?
- VOZ DE D. Q. Acaso, pero sus palabras que tantas veces me he repetido...
- SANCHO Tal vez no sean exactamente las tuyas. Más por la salud de mi hija, os aseguro que aquella Dulcinea me dijo que si íbais a verla no os quejaríais de su recibimiento. Yo lo arreglé un poco en los términos que me habíais enseñado ser uso de los andantes caballeros. El adobo no cambia el pescado, y a nadie le amarga un dulce.
- VOZ DE D. Q. Tú, también, hijo mío...
- CURA Sancho, ¿Por qué le mentías a tu señor?
- SANCHO Porque le quiero. Somos del mismo pueblo. He comido su pan y nada puede separarnos más que la fosa.
- AMA No se avergonzará hasta que se vea en la picota.

CURA ¿Lo comprendéis ahora? Vuestra señora no ha sido nunca más que una dama fantástica.

BARBERO Vuestra merced la ha concebido y engendrado en su imaginación, adornándola de cuantas perfecciones se le antojaron. Por ello ningún ser vivo puede comparársele.

CURA Reconocéis, en fin, la verdad.

BARBERO Confesad que vuestra Dulcinea era imaginaria.

VOZ DE D. Q. Dios lo sabe y nos lo dirá. ¿Para qué empeñarse en saberlo desde ahora? Ella es mi amada sobre todas las criaturas...

(SILENCIO.)

CURA ¡Señor Quijano!

AMA ¡Virgen de las Angustias, se nos vá!...

SANCHO ¡Amo mío, querido, señor Don Quijote!

BARBERO No está más que desvanecido. Dadme el vinagre y el bálsamo de sabina.

(EL BARBERO Y EL AMA SE PRECIPITAN AL LECHO.)

CURA ¿Tendrá fuerzas para firmar?

ESCRIBANO Si su mano está débil no importa. El testimonio del escribano y los testigos bastan en casos semejantes para dar fuerza y valor auténticos al testamento. Pero, lo repito una vez más, yo no daré el mío hasta haberle oído repudiar sus quimeras.

CURA Ya véis su agotamiento.

ESCRIBANO Que diga solamente: "No existe Dulcinea". Esta sencilla frase. No me puedo contentar con menos.

BARBERO Abre los ojos. ¿Le oye su merced?

VOZ DE D. Q. Sí, dejadme partir...

BARBERO No os neguéis a vuestros amigos que os lo piden. Considerad la realidad de las cosas tal y como son y decid con nosotros: "No existe Dulcinea".

AMA Vuestras liberalidades serán vanas y nos despojarán de vuestros dones si no lo hacéis, señor. ¡No existe Dulcinea!

(SILENCIO.)

ESCRIBANO No hay más remedio que renunciar.

CURA Cristiano que vas a comparecer ante el Eterno Juez, ¿por qué no renunciar a todas las fantasías y vanidades de la vida? Decid para descargo de vuestra ánima: no existe Dulcinea.

VOZ DE D. Q. No existe...

(SILENCIO.)

CURA Levantadle la cabeza.

BARBERO Atended, señor escribano.

ESCRIBANO Ya escucho.

CURA Repetid conmigo: No existe... Dulcinea...

VOZ DE D. Q. No existe... Dulcinea...

CURA Al fin habéis entrado en razón.

ESCRIBANO Cosa hecha.

CURA Pero, ¿por qué morais?

ESCRIBANO (ESCRIBIENDO.) No existe... Dulcinea...

BARBERO Ha muerto.

(SILENCIO. EL AMA CIERRA LAS CORTINAS AL MISMO TIEMPO QUE LA PUERTA SE ABRE SIN RUIDO ANTE ALDONZA, QUE SE QUEDA EN EL UMBRAL.)

BARBERO No entréis.

AMA ¡Schit!...

CURA ¿Quién sois vos?

ALDONZA Dulcinea...

SEGUNDA PARTE

CUADRO QUINTO

La casa de Sancho. Teresa y Sanchica, una a cada lado de Sancho, que está sentado sobre un cofre con la barba en el pecho.

TERESA Vas a quedarte así como un santo de palo, sin moverte, hasta que te canten los mayos.

SANCHICA Padre, padre, ya hace más de una hora que hemos vuelto del cementerio.

TERESA Te has arrancado la mitad de la barba y te has reventado la nariz a puñadas. Has hecho bien, marido. Pero no hay bien ni mal que cien años dure.

SANCHICA Es la primera vez en mi vida que he visto enterrar a un hidalgo. Tres veces, por lo menos, han tardado más en cánticos y ceremonias que con Baldolivas, nuestro vecino, o con la vieja Catalina. Pero ya han dicho hasta la última prez y apagaron los cirios.

TERESA ¿Qué piensas hacer ahora que has quedado sin amo?

SANCHO ¿Quién nos dará el pan y el vestido?

TERESA De esas aventuras donde a lo menos ibas a traernos una insula, has vuelto con las faltriqueras vacías.

SANCHICA De tantos castillos y ventas, no nos traéis más que cuentos e historias.

TERESA Ni siquiera una saya para vuestra mujer.

SANCHICA Ni siquiera unos zapatos para vuestra Sanchica.

SANCHO No hay más que dos mujeres buenas en el mundo.

TERESA Sí, marido.

SANCHICA Sí, padre.

SANCHO Y la una se perdió y la otra no se la ha podido hallar todavía.

TERESA No te espabilas más que para hacer mofa de nuestros apuros.

SANCHICA ¡Pobrecitas mujeres desamparadas!

TERESA Es muy propio de tí venir a hacernos la higa mientras estamos a medio comer...

SANCHICA ¡Huérfana al lado de mis padres!

TERESA El bien montado en el Rucio, como un patriarca, tranquilamente, sin más trabajo que el de seguir a su señor, el de la cabeza llena de pájaros.

SANCHO No era a una boda, ciertamente, a donde íbamos, sino a habérnoslas con gigantes y endriagos.

TERESA Entonces, ¿qué es lo que te hizo salirte de tu casita?

SANCHICA ¿Y abandonar a tu mujer y a tu hija?

TERESA Unirte a aquel insensato que tuvo mollera a todos los vientos cuando más le hubiera valido el asentarla.

SANCHICA Estaba mal de la sesera; maese Nicolás lo ha dicho muchas veces.

SANCHO Al diablo se le conoce por sus garras, y a ls mujeres, por su lengua.

TERESA No pensaste más que en llenar la andorga. Pero aún no asamos y ya pringamos.

SANCHICA Tras del Carnaval, viene la Cuaresma.

TERESA A todo cerdo le llega su San Martín.

(EL ESCRIBANO APARECE EN LA PUERTA.)

ESCRIBANO Paz a los vivos y a los muertos.

TERESA Sea bien venido vuestra señoría.

ESCRIBANO ¿No vive aquí maese Panza?

TERESA Esta es su casa, donde yo entre por mis pecados.

SANCHO No le hagáis caso, señor. Las moscardas zumban antes de la tormenta; pero las mujeres en todo tiempo.

TERESA ¿Es cosa honrada, señor licenciado, dejar sus campos en barbecho y a su familia penando, para irse a desgastar esos caminos?

SANCHO Yo soy un hombre de bien, si tal dictado se le puede dar a un pobre.

SANCHICA Señor licenciado...

ESCRIBANO Paz he dicho al entrar. El difunto señor Alono Quijano, vuestro dueño...

TERESA Que Dios tenga en el cielo.

SANCHICA Amén.

ESCRIBANO Os ha nombrado heredero en su testamento para legaros en plena propiedad y seros puesto en inmediato disfrute, libre de todo gasto, censo, ni regalías y capitaciones...

SANCHICA Amén.

ESCRIBANO El olivar sito al final de nuestro término, según se sale hacia los llanos de Montiel.

TERESA El olivar...

ESCRIBANO Los tres pollinos que tenía en crianza...

TERESA Los tres...

ESCRIBANO Amén de una bolsa de ducados de buena ley y cuño...

TERESA Una bolsa...

ESCRIBANO Resto que en el día de la muerte del dicho hidalgo aún quedaba de la suma que tenía dispuesta y apartada para atender a los gastos y aventuras, y que él llamaba el tesoro de guerra.

TERESA Tesoro...

SANCHICA Amén.

ESCRIBANO Convendrá asistáis personalmente y sin demora a las particiones, para que seáis puesto en posesión de dichos bienes y me entreguéis el recibo oportuno; ¿sabéis leer y escribir?

SANCHO No; pero sé curtir el cuero como es debido; mi hija sabe tejer muy bien y de aquí a dos leguas a la redonda no hay mejor hiladera que Teresa Panza, mi mujer.

ESCRIBANO Muy bien. Entonces, firmaréis con una cruz.

SANCHO Y aun de un calvario, si queréis.

TERESA Anda, Sanchita, vete a buscar unos huevos a la caballeriza, corta una buena loncha de tocino adunia y regalemos a este señor como un príncipe, por las buenas nuevas que nos trae.

ESCRIBANO Yo os agradezco la intención, buena mujer; pero estoy invitado en casa del señor cura, a donde ahora voy a comer con él. No dejéis de venir, maese Panza. Dios os guarde.

SANCHO El os acompañe, señor licenciado.

TERESA Y vaya con vos su santa bendición.

SANCHICA Amén.

(EL ESCRIBANO SALE. TERESA Y SANCHICA SE CUELGAN DEL CUELLO DE SANCHO.)

¡Padre mío querido!

TERESA No en vano te escogí por marido.

SANCHO ¡Oh flor de la caballería, que tan presto acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡Honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el cual, faltando tú en él, quedará lleno de malhechores sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡Oh liberal sobre todos los Alejandro! ¡Oh, humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines; en fin, caballero andante, que es todo lo que puede decirse.

TERESA Mirad, Sancho, después que os hicisteis familia de caballero andante, habláis de tan rodeada manera que no hay quien os entienda.

SANCHO Basta que me entienda Dios, que es el entendedor de todas las cosas.

TERESA Tú hablabas, si no he entendido mal, sobre la gratitud que debemos al señor Quijano, nuestro buenísimo y discreto dueño.

SANCHO Rezaré por él cada mañana y aun más de una vez durante el día. ¡Ay, por qué no habré sido con él siempre como debiera! Amigo Sancho, mi fiel Sancho, me decía... Pero del fiel Sancho a Gandalín el fidelísimo había más distancia que de aquí hasta las Indias. Me gustaba demasiado el comer y el beber. Mi mayor cuidado era el no salir descalabrado y ponía en guardarme mis cinco sentidos. Claro que de nada me valía, y eso me estuvo muy bien. Me he atrevido a reírme de sus caídas y de sus dientes rotos. Vergüenza para mí. Que él me lo perdone en el cielo como yo le lloraré en la tierra.

TERESA Lloradle, marido, a moco tendido; pero, al mismo tiempo, alegráos. Estas haciendas son para nosotros mucho mejores que los gobiernos de



esas ínsulas de que teníais llena la boca y que esperábamos como agua de mayo. Tu mano está más hecha para la azada que para la vara de la justicia! ¿Qué cosa gobernarás mejor que los sarmientos de tu viña!

SANCHO ¿Y por qué no había yo de ser gobernador si a mi señor se le ocurre dejarme una ínsula en lugar de un olivar?

TERESA Insulas habían de llover y no caería una encima de tu cabeza. Cada oveja, con su pareja. ¿No vamos ahora a ser dichosos en nuestra casa? Tan buen pan se cuece aquí como en Francia.

SANCHO Bien has dicho, mujer que tan bien viviré yo de labrador comiendo cebollas que de gobernador con capones. Y aún pudiera ser que más derecho vaya al cielo Sancho a secas que su señoría don Sancho. Pero no digas que yo no sabría regentar mi ínsula, pues me siento con fuerzas de hacerlo tan bien como cualquiera.

TERESA Sancho, Sancho. Se te ha subido los Gobiernos a la cabeza.

SANCHO A mí no se me sube a la cabeza nada ni nadie, aunque fuera el mismo Rey. Pero todo hijo de vecino puede llegar a Papa.

TERESA Ni dos maravedises vales tú como gobernador.

SANCHO ¿No te acuerdas de cuando fui mullidor de la Cofradía que tan bien me sentaba la ropa de mullidor que todos me decían que tenía presencia para ser prioste?

TERESA Sí, es verdad que te caía muy bien.

SANCHO ¿Pues qué será cuando me ponga un ropón ducal a cuestras o me vista de oro y de perlas a uso de conde extranjero? Para mí tengo que me han de venir a ver desde cien leguas.

TERESA ¿Y qué sacaremos con eso?

SANCHICA ¿Llevaréis calzas atacadas? Desde el día que nací tengo ganas de veros con calzas atacadas.

SANCHO Y con agujetas con cabos de oro. Y tengo de casarte tan altamente, que no te alcancen sino con llamarte señoría.

TERESA No en mis días, marido; para eso, por cierto, he criado yo a mi hija.

SANCHO La Sanchica no se morirá si la casamos.

TERESA Pero no con un condazo o un caballero.

SANCHICA ¿Y por qué no he de ser yo condesa, madre? No puedo yo criar a un hijo de conde tan bien y como otra? ¿O es que las condesas tienen en el pecho tres pezones?

SANCHO Ven acá, bestia y mujer de Barrabás. ¿Por qué quieres tú ahora sin qué ni para qué estorbarme que no case a mi hija con quien me dé nietos que se llamen señorías?

TERESA Vos, hermano, idos a ser gobernador o insulano, y entonces, a vuestro gusto, que ni mi hija ni yo, por el siglo de mi madre, nos hemos de mudar un paso. La doncella honesta, el hacer algo es su fiesta.

SANCHICA ¿Y no os gustaría sentaros en la iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambales, a pesar y despecho de las hidalgas del pueblo?

TERESA Y que revienten de envidia, pues no parece, si no que por ser hidalgas, ni el viento ha de tocar sus verdugas y hasta se hacen de menos por mirar a una labradora.

SANCHICA Más valen chapines que zuecos, y saboyanas de seda, que catorceno pardo.

SANCHO No quiero que andéis más que en carroza.

- SANCHICA Así me quisiera yo ver entonada en mi coche, entre los cojines sentada y tendida.
- TERESA Igual que una panesa.
- SANCHICA Mozo, tiende la alfombra, que llega su grandeza.  
(LA PUERTA SE ABRE ANTE ALDONZA.)
- SANCHO ¡Señora Dulcinea!
- (ALDONZA ENTRA EN SILENCIO Y SE SIENTA EN UN ESCABEL.)
- SANCHO Doña Teresa, esta es mi señora, Dulcinea...
- TERESA ¿Pues no decía el cura?
- SANCHO La elegida de Don Quijote, pues el amor es tan natural en los caballeros andantes como son en el cielo las estrellas.
- TERESA Señora... Nuestro cura es un bobo.
- SANCHICA ¡Oh, excelencia; ya que tengo la dicha de veros, contadme cómo caísteis en la red. Casilda me ha hablado de un filtro hecho con corazones de golondrinas y jugo de verbena...
- SANCHO ¿No os da vergüenza, hija mía, preguntar esas cosas a su grandeza? Dejados a los dos solos y retirados a vuestros aposentos, pues sin duda desea hablarme de cosas de importancia.  
(SALEN TERESA Y SANCHICA. UN LARGO SILENCIO. DESPUES, ALDONZA HABLA EN VOZ SORDA.)
- ALDONZA Se acabó la risa.
- SANCHO ¿Qué risa?
- ALDONZA El sepulturero reía cuando me dió su pala. La gente se marchaba riendo, los mayores que traían su almud de harina y su libra de cera y las mozuelas que se mesaron el rostro por unas varas de bayeta. He sido yo la que llenó su fosa.
- SANCHO Vos...
- ALDONZA ¿No tenía derecho de hacerlo? La tierra sonaba al principio al chocar sobre la caja; pero yo la fui dejando caer suavemente, sin más ruido que el que hace el trigo cuando se criba. Muchas veces escuché este ruido y creía que era un ruido como los otros. Y luego he bailado para apisonar bien la tierra. He bailado sobre su ataúd, la primera vez que estaba cerca de él, sola con él... Y hasta he cantado...  
(ROMPE EN SOLLOZOS. UNA PAUSA.)
- SANCHO ¿Y dónde iréis ahora, mi señora Dulcinea?
- DULCINEA ¿Yo qué sé? ¿Qué más me dá a la derecha que a la izquierda? ¿Qué importa que vuelva a casa de Juan el Zurdo, o que me alquile en otro sitio, o que me venda de una vez para todas en los burdeles de Sevilla? No voy a vender caros mis huesos. Que el viento me lleve a dónde quiera... Pero antes he querido volver a verte otra vez, Sancho, para que me hables de nuevo de él.
- SANCHO ¿No os lo he contado y recontado todo una y mil veces, sus aventuras, sus combates, sus altas hazañas y sus sentencias, mejores que las de Salomón? Era temible y bueno como el sol.
- ALDONZA Sí, sí; pero, ¿y su rostro?... Cuando entré en su habitación, la zorra del ama había ya corrido las cortinas del lecho y me arrojaron de allí como a un perro sarnoso. Piensa, Sancho, que yo no he visto nunca su rostro.

SANCHO Siempre le he conocido de rostro enjuto; pero aún se había secado y enflaquecido más desde el día en que fué armado caballero. No andaba muy sobrado de cabellos, de tanto andar siempre cubierto con el casco, y su bigote, al fin, andaba más cerca de ser blanco que rubio.

ALDONZA ¿De qué color eran sus ojos?

SANCHO Como dos luceros en la noche. Pero el color no lo sé bien; grises, o acaso verdes.

ALDONZA Tantos años viviendo a su sombra y no has mirado nunca sus ojos. No lo sabrás... ¿Será necesario para saberlo que vaya a abrir de nuevo su fosa?

SANCHO Más bien debieron de ser azul verdosos, si mal no recuerdo.

ALDONZA ¿Tanto tiempo hace que se murió para que ya no se le recuerde? ¿De qué murió?

SANCHO De los trabajos y de los años.

ALDONZA ¿Y qué decía al fin?

SANCHO Luchaba contra el barbero, el cura y el ama, que querían hacerle pasar por el aro.

ALDONZA Pero, ¿no ha dicho nada?

SANCHO Sí, sí; llamaba: Dulcinea, Dulcinea.

ALDONZA Yo he sentido su llamada en las entrañas.

SANCHO El suspiraba: "¡Cuán dulce hubiera sido tu mano!"...

ALDONZA Esta mano.

SANCHO Y las últimas palabras que dijo llorando...

ALDONZA ¡Y no haber bebido sus lágrimas!

SANCHO Fué vuestro nombre su última palabra.

ALDONZA Repítela, Sancho.

SANCHO Que yo...

ALDONZA Yo quiero que me repitas su última palabra.

SANCHO ¿Para qué? El pobre estaba extenuado y aquellos paganos le atormentaban tanto que acabó por murmurar "no existe"... No, no fué esto.

ALDONZA ¡No existe!...

SANCHO "No existe un amor como el de Dulcinea."

ALDONZA No existe un amor... ¿Y eso fué todo?

SANCHO La muerte no tiene boca ni orejas.

ALDONZA Mientes. Ha tenido que decir más cosas mientras una especie de sogá tiraba de mí hacia su lecho a lo largo de toda la escalera. ¿Por qué me lo ocultas? No me vas a hacer creer que se ha marchado sin disponer de mí. No. El te ha dejado sus disposiciones. ¡Dios le bendiga si son tan pesadas que no osas repetírmelas!

SANCHO Si ha dicho algo de esta especie, yo no sabría repetiros el estribillo porque tengo menos memoria que una liebre, que la pierde corriendo.

ALDONZA Exprime tu sesera, Sancho. Es la única miel que endulzará mi pan.

SANCHO ¡Cuántas veces le escuché mientras caminábamos el uno junto al otro,

o cuando vaciábamos las alforjas a la sombra de un chaparro que apenas nos cubría a los dos! Sus frases me zumban aún bajo la montera. Son las mismas que habría dicho en su último momento.

ALDONZA Te escucho...

SANCHO Lo que ha dicho, puesto que os empeñáis.  
(UN SILENCIO.)

ALDONZA Hablarás de una vez, ¿no es que se acabó ya el tiempo de Mari Castaña en que hablaban las calabazas?

SANCHO El decía: Las arañas se comen a las moscas, y los lagartos comen las arañas. Pero el hombre devora al hombre. Miserias y pecados aumentan cada día nuestro fardo y ningún hijo de Adán vale tanto como el árbol que da su cobijo al leñador... No, no era así... Tened paciencia hasta que me acuerde.

ALDONZA ¡Señor San Blas, abogado de la garganta!

SANCHO El decía: Mi tarea fué defender los oprimidos. Yo les he servido con mi lanza y mi espada, pero se han roto espada y lanza y aún yo mismo me he destrozado... sí, así debió decir.

ALDONZA No me dejes con la miel en los labios.

SANCHO Me decía: Tú le repetirás este mensaje. Alma de mi alma, no desampares a los que abandono, mal de mi grado. Los pobres y los desgraciados se quedan solos.

ALDONZA ¿Qué es lo que quiere?

SANCHO Aún me parece estar oyéndolo como si me dijera: Tu debilidad será más poderosa que mi fuerza. Armate de ternura. Acorázate de piedad. En donde yo he caído continúa mi camino.

ALDONZA ¿Qué es lo que manda?

SANCHO Dijo: Mi soberano bien se lo dejo a los desgraciados. ¡Vé! Dale esa sonrisa no ha llegado a darme; consuélale con esa mirada que no me ha consolado a mí, acúnalos en esos brazos, cuyo calor no he conocido. ¡Vé!

ALDONZA ¡Vé! Eso es fácil de decir. Toma tus alpargatas y tu sonrisa, ya que no tienes otra cosa, y logra lo que yo no pude alcanzar. Yo, el caballero, he muerto en la demanda, pero tú, más pobre que una rata y más ignorante que una codorniz, debes cumplir la hazaña. ¿Cumplir el qué? Todas esas palabras me parecen a mi cosas mas remotas que la tierra del preste Juan. Amanecerá Dios y medraremos. ¡Qué tonta eres! Yo no te ordeno más que el que obedezcas y luego, ¿no estaré yo a tu lado junto a tí para ayudarte a comprender?

SANCHO San Roque y su perro os acompañe, que son abogados de viajeros.

ALDONZA Desde que me tengo derecha no me ha tocado mas que obedecer. Pero jamás una obediencia de esta suerte.

SANCHO Los caminos están llenos de aventuras y de peligros, pero son los caminos blancos entre las tierras quemadas y bajo el cielo que os llega a las corvas. ¡Qué grande parece la sombra de un cardo cuando está sólo entre los pedregales de una legua a la redonda! ¡Y después de todo este polvo recocado al sol, qué buena está el agua fresca de la fuente donde los muleros se tumban a la larga!

ALDONZA Más pobres y afligidos en las ciudades que en los pueblos.

SANCHO A perro flaco todo son pulgas, y quien no se embarca, la mar no pasa. Pero yo tengo una redoma de bálsamo de Fierabrás, cuya virtud de un solo trago deja el cuerpo más molido, tan fresco como una lechuga. No

os apuréis, mi señora Dulcinea. Cada vez que seáis apaleada, yo sabré tenderos sobre el Rucio a las mil maravillas y conduciros como he llevado al Fénix de los paladines.

TERESA (SURGIENDO POR UNA DE LAS PUERTAS.) ¡Ah falso, engañador! ¡Tú sabes embaucar a las gentes con ínsulas, gobiernos, carrozas y princesas! A la postre una no distingue lo blanco de lo negro. Por fortuna me han enseñado a escuchar detrás de las puertas. Hay que tener un ojo en el plato y otro en las tajadas.

SANCHO. Repara, Teresa, mujer...

TERESA. Si, Teresa a secas, sin dones ni donas, me zumban los oídos o vuelves a hablar de dejarnos.

SANCHO. ¿No soy yo el fiel escudero de Don Quijote y de consiguiente de su señora? Yo le seguiré con mi Rucio donde ella mande, pero esta vez, ella se sentará en la albarda y yo le llevaré del ronzal o me cogeré de la cola.

TERESA. Ya te conozco, besugo, que tienes el ojo claro. ¿No te da vergüenza, descreído, de abandonar a tu mujer?

SANCHO. Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, y tal fué por lana y salió trasquilado.

TERESA. Vete a limpiar tu muladar, parteterrones.

SANCHO. Y tú a cuidar de tus pucheros, pelaruecas.

TERESA. Para dejarte con esa lagartija que se pica de trotamundos como la Infanta Urraca. Eso es lo que tú esperas, desflorador de dueñas.

SANCHO. Perdonad, mi señora, a esta palurda.

TERESA. La salvación de mi ánima apostaría a que esta guilopa es tan Dulcinea como mi Sanchica condesa. Si lo que decía el cura era verdad. Se acabó la mojiganga. Ya estáis tomando la puerta y dejándome a mi marido antes de que yo coja una escoba.

ALDONZA. ¡No me asusto yo por tan poco! A otras más pintadas les he chafado yo las narices con mis patas de lagartija. Acércate a hacerme la manola y te dejaré bien peinada.

SANCHO. Debéis despreciarla y no encolerizaros. Es grosera y estúpida como lo fueron sus padres.

TERESA. ¡La princesa de Trapisonda!

ALDONZA. Déjala que la duerma. Pero en lo que tiene razón es al decir que tú debes quedarte. Yo iré sola a donde deba ir. Yo iré sola a donde deba ir. Yo lo quiero.

SANCHO. Pero catad un poco que ni se os arría la masa ni se quemán los trigos. Cada cosa a su tiempo. Bien viene mangas después de Pascua. Y no por mucho madrugar amanece más temprano. ¿Qué fiebre os abrasa para iros sin más ni más como una dama andante, sin haber aprendido el oficio?

ALDONZA. ¿No es cierto que el amor hace bailar a los asnos? ¿O has olvidado tu costal de refranes y que no hay ensalmo que lo cure?

SANCHO. En qué andanzas os he metido.

ALDONZA. No fuiste tú, tú no has hecho más que repetir sus palabras.

SANCHO. ¡Escuchadme!...

ALDONZA. Ya no es tiempo.

SANCHO. ¡Mi señora Dulcinea. Todo el trigo no es harina, ni todo el monte orégano, y a veces, se habla sin saber por qué...

ALDONZA. (EN UN GRITO.) Cállate y ruega por mí lo mismo que por él.

(SALE CORRIENDO.)

SANCHO

¡Señora, ama mía!

(ALDONZA ESTA YA LEJOS. SANCHO VUELVE ABRUMADO.)

TERESA

Ya puedes condolerte a estas horas y rodar los ojos de mochuelo y de Cordero degollado. Ya te he oído detrás de la puerta ensartar el rosario de tus embustes. Ella las pagará bien caras. Ese es el gusto que te ha entrado de vomitar sin ton ni son sermones. Al buey se coge por la lenoua y al toro por los cuernos.

(Y ELLA CONTINUA DENOSTANDO A SANCHO MUDO E INMOVIL, MIENTRAS BAJA EL TELON.)

CUADRO SEXTO

Una plazuela de Toledo. A la izquierda un espeso muro como de una antigua construcción romántica que, al abrirse, deja ver el miserable chiscón practicado en una baja bóveda. Poco mayor que un nicho donde anoniza la vieja mendida. Al otro lado, el portal de la herrería de Ginés de la Hera, cerrado al empezar el cuadro.

VIEJA

(ANGUSTIOSAMENTE.) ¡Ay de mi! ¡Qué me muero!... ¡Sola!... Sola!... ¡Señor, misericordia! ¡Ampárame, Virgen del Sagrario! ¡Ay!... ¡Ay!...

(ALDONZA VIENE DEL LADO OPUESTO, HUIDIZA Y MISERABLE, ENCORVADA COMO UN PERRO CASTIGADO, PERO AL OIR LOS LAMENTOS DE LA VIEJA SE ENDEREZA, TRANSFIGURÁNDOSE.)

ALDONZA

¿Quién sufre? ¿Quién me llama?

VIEJA

¡Ay!... ¡Ay!...

ALDONZA

¿Quién eres? ¡Voy a ti!

VIEJA

¡Ay!...

ALDONZA

¿Dónde estás? ¿Qué necesitas? ¿Por dónde es?... ¡Ah! ¡Ya voy a tu lado! ¡Pobre mujer!... ¡Hermana, qué puedo hacer por ti?

VIEJA

(INCORPORÁNDOSE ANSIOSAMENTE.) ¡Agua! ¡Me ahogo!... ¡Me ahogo!...

ALDONZA

(BUSCA NERVIOSAMENTE SIN HALLAR NADA COMO QUE SOCORRERLA.) ¡Qué pocilga asquerosa! Hasta el aire está aquí corrompido. Y ni un mal cántaro...

VIEJA

(QUE HA CAIDO DESPUES DEL ACCESO ANTERIOR, EN UN MOMENTO DE SOPOR ABPE LOS OJOS, SE INCORPORA UN POCO Y MIRA DESPAVORIDA A LA MUJER QUE BUSCA.) ¿Quién eres tú? ¿Qué buscas?... ¡Socorro! Socorro!

ALDONZA

Anaciguas, buena mujer. He venido a ayudaros. Sólo quiero socorros en la atribulación que estáis pasando.

VIEJA

¡Mentira! ¡Mentira!... ¡Vienes a robarme! ¡Aún no me he muerto, no!... ¡Veta de aquí!... (APRIETA DESESPERADAMENTE LA MANO SOBRE EL PECHO COMO DEFENDIENDO ALGO.) ¡No me lo cogerás!... ¡Antes me arrancarías la piel!

ALDONZA

Pero, escúchame; no quiero nada de vos aparte de servirlos... Ved que estáis muy enferma y podéis reventar de un momento a otro... No hagáis esos esfuerzos... Pueden haceros mal y que os lleve el demonio.

VIEJA

¡Estoy tan mala!... Si..., muy mala...

ALDONZA

Pues poneos a pensar en Dios, en su bondad infinita..., en su misericordia...

VIEJA

¿Por qué me dices eso? ¿Crees que voy a morir?

ALDONZA

Todos podemos morir en cualquier instante. El tiempo no se compra.

VIEJA

Pero yo no quiero morir. ¡No quiero morir! ¡Aún no... aún no!

ALDONZA Pero condenada, no os esforcéis... dormid, descansad... es bueno cerrar los ojos después de un día de fatiga, de fatiga infinita tras un camino duro... y, luego, volverlos a abrir, descansados a una mañana dulce, llena de flores y de música... se abrirán las puertas de oro con un repique de campanas... abiertas de par en par para ti que tuviste todas las puertas cerradas siempre como un perro.

VIEJA (REPITE COMO UN ECO.) ¡Las puertas de oro!...

ALDONZA San Miguel, tan hermoso con su casco de plata y su manto de brocado; caballero Andante del cielo, te defendería a ti la miserable, la mendiga... en el supremo juicio su mano es como una azucena, y te la tiende

VIEJA Su mano... ¡Oh, si, si!...

ALDONZA Y tú dirás entonces, guiada por la música de su voz: Jesús mío, Padre Mío, misericordia.

VIEJA Jesús mío, Padre mío, misericordia.

(TIENDE LAS MANOS HACIA ADELANTE COMO SI FUERA A TOMAR UNA MANO QUE SE LE OFRECE Y LUEGO SE DEJA CAER EN LOS BRAZOS DE ALDONZA QUE LA SOSTIENE. AL HACER ESTE MOVIMIENTO, UN PUNADO DE MONEDAS DE ORO QUE OCULTABA EN EL SENO SE LE DERRAMA SOBRE LOS HARAJOS. LA VIEJA MUERE DULCEMENTE. ALDONZA LA DEJA CAER APOYANDOLA EN LA ALMOHADA Y LUEGO LE CIERRA LOS OJOS. EN ESE INSTANTE, COMO SI EL ORO QUE HA APARECIDO FUERA EL IMAN QUE LAS ATRAJERA, APARECEN LAS DOS VECINAS.)

VECINA 1.a ¡Mirad los cuervos sobre la carroña!

VECINA 2.a ¡Te hemos cogido, ladrona sacrílega, profanadora de cadáveres!

ALDONZA ¡Yo, yo!...

VECINA 1.a ¡Sí, bruja condenada! (LA ASE.)

VECINA 2.a ¡Sal inmediatamente! (ZARANDEANDOLA.)

ALDONZA ¡Pero si yo acudí en socorro de esa pobre mujer!

VECINA 1.a Y ya diste con el nido. ¡¡¡mira qué pronto!

VECINA 2.a Tiene las manos ágiles, la condenada.

VECINA 1.a Debiéramos de llamar a los alguaciles.

ALDONZA ¡Sólo traté de hacer bien a un ánima; pero me sobra rejo para pisaros a las dos el hocico.

VECINA 2.a ¡Mal hablada! ¡Bigarda! (SE HACEN A UN LADO CON TEMOR.)

ALDONZA (SE ENCOGE DE HOMBROS Y SALE MURMURANDO.) ¡Señor, perdonad sus pecados y abridle las puertas del cielo!

VECINA 1.a ¡Si no acudimos tan presto!

VECINA 2.a En bien poco estuvo.

VECINA 1.a Debemos recoger el dinero. (LO HACEN AVIDAMENTE.)

VECINA 2.a Habrá que comprar la mortaja.

VECINA 1.a A mí me debía más de un año el alquiler del cuarto.

VECINA 2.a Yo le he dado todo este tiempo las sobras de mi casa, con las que bien pudiera haber alimentado un cerdo.

VECINA 1.a Y habrá que decir misas.

VECINA 2.a De las mismas me encargo yo. Tú compras la mortaja y haces el entierro

VECINA 1.a ¡Ay, eso si que no! ¡Tú te has quedado con más dinero!

VECINA 2.a Apenas si me podré cobrar de lo que me debía.

VECINA 1.a ¡Pues por mí, que se nudra donde este! (YENDOSE.)

VECINA 2.a La casa es tuya; ya la enterrarás, por la cuenta que te tiene, para que no te lo corrompa todo.

VECINA 1.a (SALIENDO TRAS ELLA.) ¡Aprovechada, araña, garduña sin escrúpulos! ¡Yo te haré soltar lo que no es tuyo!

(EL ZAQUIZAMI SE CIERRA Y VUELVE A QUEDAR COMO AL PRINCIPIO DEL CUADRO, Y ENTONCES SE ILUMINA LA HERRERIA DE GINES DE LA HERA, DONDE COCLÉS, SIN MAS VESTIDO QUE UN DELANTAL DE CUERO Y UN CALZON, BATE SOBRE EL YUNQUE EL ACERO DE UNA ESPADA. UN ZAGAL, TAMBIEN CON EL PECHO DESNUDO, ESTIRA DE LA CADENA DEL FUELLE, AMBOS ENVUELTOS EN EL RESPLANDOR, BAJO DE LA FRAGUA. DELANTE DE LA PUERTA, BAJO EL FRESCO EMPARRADO, GINES DE LA HERA, SENTADO JUNTO A UNA MESA, CON UN JARRO DE VINO FRESCO AL LADO, DISCUTE CON UN COMPRADOR. AMBOS BEBEN, HACEN VIBRAR LA ESPADA Y CHARLAN AL ILUMINARSE ESTA PARTE DE LA ESCENA, MIENTRAS ALDONZA, QUE SALIO CORRIENDO, VIENE A PRIMER TERMINO DE LA IZQUIERDA Y QUEDA APOYADA UN MOMENTO, INMOVIL COMO UNA ESTATUA, EN LA ENBOCADURA DE ESTE LADO. LAS VECINAS, PERSIGUIENDOSE CON GRANDES ASPAVIENTOS, DESAPARECEN POR EL FORO.)

GINES (BLANDIENDO LA ESPADA.) Flexible como junco, suena como un cristal, y, sin embargo, es capaz de atravesar una coraza.

COMPRADOR Pero pedís por ella la mitad de una hijuela.

GINES ¿Qué mejor herencia podéis dejarles a vuestros hijos que una espada como ésta, junto con un buen nombre? Por la espada se conoce al caballero.

COMPRADOR En eso decís bien.

GINES Vaya, un traguillo para aliviar estos calores.

COMPRADOR De buen grado, que ese rescoldo de la fragua y el sudor de esos mozos le resecan a uno el gznate. Sólo de verlos entra más calor.

GINES Es duro nuestro oficio, pero es así. No se puede dejar de batir un solo momento hasta que esté terminada la hoja. Es uno de los secretos del arte.

COMPRADOR ¡Bien se ve que lo domináis!

GINES Viene en herencia de mi padre y mis abuelos, como las ordenanzas del gremio escritas en el libro de oro. El que faltare a sus reglas sería castigado duramente.

COMPRADOR Como así debe ser.

GINES (MOSTRANDO AL FORJADOR.) Coclés, mi oficial, ya trabajaba en la casa en tiempos de mi padre.

COMPRADOR Parece un hombre concienzudo.

GINES No escatima el esfuerzo ni el sudor.

ALDONZA (ACERCANDOSE.) ¡A la paz de Dios!

GINES ¡Dios te guarde!

ALDONZA ¿Me harían sus mercedes la caridad de un sorbo de agua? Estoy muerta de sed.

GINES Pasa al patio; ahí, colgada en el brocal del pozo, tienes una alcarraza; bebe y remédiate.

ALDONZA ¡Dios os lo pague!

(PASA Y COGE LA ALCARRAZA QUE CUELGA EN EL LATERAL DERECHA, Y CON ELLA EN LA MANO, CUANDO VA A BEBER SE DETIENE VIENDO A LOS FORJADORES SUDOROSOS MARTILLEAR CON ANGUSTIA.)



¡Virgen de los Remedios! ¿Qué es mi sed comparada a este anticipo de infierno? (DIRIGIENDOSE A GINES.) ¿Cómo podéis beber y recrearos al fresco de la puerta mientras estos hombres revientan echando el cuajo?

GINES ¿Estás loca, mujer? ¡Cumplen su oficio!

ALDONZA Duro oficio, que no deja ni siquiera respirar.

GINES El batido de la hoja no puede ser interrumpido.

ALDONZA Yo acercaré la jarra a sus bocas reseca, sin que ellos dejen de trabajar.

GINES ¡Vete de aquí inmediatamente, puerca desaliñada! No se puede tener compasión de estas perdidas.

ALDONZA ¿Qué sabes tú de compasión, alma de hielo, pecho de pedernal, cuando no me permites consolar la sed de tus hombres, de los que echan el bofe para que tú te estés asentado a la sombra tranquilamente, reposado y feliz?

GINES Cada uno tiene una función en esta vida.

ALDONZA Y la tuya es interponerte entre el agua de Dios y las criaturas sedientas.

GINES No he de discutir más con una vagabunda. ¡Sal de aquí!

COCLES (SIN DEJAR DE BATIR.) ¡Dejadla darnos agua, maese Ginés de la Hera; tenemos sed!

GINES (FURIOSO.) ¿Ves lo que has hecho, despojo de burdel, con tanto hablar del agua? ¿Te vas o vive Dios, que a palos como a un perro sarnoso te echo yo de aquí? (LE AMENAZA CON LA ESPADA.)

COCLES (DEJANDO DE BATIR Y ADELANTANDOSE CON EL MARTILLO EN LA MANO.) No, eso no, maestro; no le habéis de pegar, que es una pobre mujer y nos tuvo compasión.

GINES ¡A ella y a ti, y a todos los que se pongan por delante.

(EL OTRO HERRERO HA SALIDO TAMBIEN.)

COMPRADOR No se enfurezca así el señor Ginés de la Hera, y déjelos beber.

ALDONZA ¿No veis que tienen sed? Dios hizo el agua, como el aire y la tierra y el sol, para que todos pudieran gozarla. (BRINDANDO LA ALCARRAZA.) ¡Bebed, hijos, bebed!

COCLES (COGIENDO LA ALCARRAZA AVIDAMENTE.) ¡Tenemos sed! ¡Tenemos sed!

(MIENTRAS BEBE, ALDONZA ENJUGA EL SUDOR DE SU ROSTRO CON UN PAÑUELO. ENTRE TANTO, GINES, QUE HA CORRIDO HASTA EL INTERIOR DE LA FRAGUA, GRITA DESDE ALLI.)

GINES ¡Maldición! ¡El hierro se ha enfriado! ¡La hora se ha perdido! ¡Caiga sobre vosotros el peso de la ley!

COCLES (REACCIONANDO.) ¡La hoja perdida!

GINES (CON LAS TENAZAS EN LA MANO.) ¡Mirad! ¡Mirad! ¡Ya no sirve para nada!

COCLES ¡Por mi culpa, por mi culpa!... ¡Venja el castigo sobre mí!...

GINES Sea primero sobre la bruja. Esta espada, que ya no esgrimirá nunca un caballero, marque tu carne podrida de ramera.

(VA CONTRA ALDONZA, QUE HUYE DESPAVORIDA. TODOS GRITAN AL MISMO TIEMPO.)

COCLES ¡Matadla, matadla! ¡Entregadla a la justicia! ¡No dejéis que se escape!  
COMPRADOR  
GINES

(POR EL FORO, PAUSADAMENTE, LLEGA EL ESCRIBANO DE LA AUDIENCIA, EL ALGUACIL, ALGUNOS COCHETES Y MAS.)

ESCRIBANO ¡Alto, en nombre del rey! ¿Qué es este alboroto? ¿Qué sucede aquí?

GINES Ved, señor, el hierro frío, la hoja perdida, mis oficiales en revuelta. Y todo por una mala mujer.

COMPRADOR Por una bruja miserable, soy testigo de todo.

GINES En tiempo de mi padre, el oficial rebelde hubiera perdido la mano hasta el codo.

ESCRIBANO Y yo os lo haré azotar bien azotado por mano del verdugo.

COCLES Reconozco mi culpa y estoy pronto al castigo.

GINES Pero el más culpable no es él, sino la bruja que vino a sacarle de sus casillas con un endiablado sermón.

ALGUACIL Sospéchome que es la misma que venimos buscando. ¿Flaca, enlutada, harapienta y reguemada al sol como una gitana?

VECINA 1.a La que roba por las casas con el pretexto de auxiliar a los enfermos.

VECINA 2.a Que no respeta ni a los muertos, y es capaz de despojar a los mendigos.

COMPRADOR ¿Cómo puede haber tanta maldad en el mundo?

ESCRIBANO ¿Dónde está la mujer?

GINES Escapó más ligera que una rata.

ALGUACIL No puede andar muy lejos.

VECINA 1.a Debió de ir hacia las murallas.

VECINA 2.a O a las callejas de la judería.

ESCRIBANO ¡Pronto, no perder tiempo; hay que cogerla en seguida!

ALGUACIL Será nuestra, descuidad.

VECINA 1.a ¡A ella, a ella!

COMPRADOR ¡La bruja entrometida!

VECINA 2.a ¡La ladrona!

GINES ¡Carne de horca!

(TODOS HABLAN A UN TIEMPO.)

(EL ALGUACIL Y LOS COCHETES SALEN CORRIENDO, MIENTRAS LOS DEMAS COMENTAN ARREMOLINADOS CON GRANDES ASPAVIENTOS.)

CUADRO SEPTIMO

Algo que fué un palacio visigodo, en las ruinas de la judería de Toledo. Una sombra fusca que atraviesan chorros de sol a través de los techos hundidos.

Un hombre, mirándose en un cubo de agua, ajusta sobre su rostro un pedazo de taja-fetán. Después se aplicará a pintarlo, hasta que queda convertido en una úlcera espantosa, que parece roerle la faz. Un fraile en hábito pardo se despioja. El Desmochado y la Salmerona están tendidos en sus yacijas.

EL HOMBRE DE LA ULCERA ¿Y por qué ha confesado? No hay peor fortuna que cantar en el ansia.

DESMOCHADO Quien canta su mal espanta.

HOMBRE DE LA ULCERA Pero no con ese scn. Tened siempre valor para negar. ¿No tiene las mismas letras un sí que un no? Dichoso el tunante cuya vida y cuya muerte dependen de su propia lengua y no de la de los testigos.

SALMERONA ¿Son grandes y gordos, enfraillado?

ENFRAILADO Merecerían ser salados y enviados de regalo al prior de mi convento.

(ENTRAN EL MANCO, QUE MUESTRA BAJO SU COLETO UN BRAZO DERECHO SIN MANO, TODO VENDADO Y SOSTENIDO POR UN CABESTRILLO.)

HOMBRE DE LA ULCERA ¿Vienes de allá, Manco?

MANCO Mi aprendiz me había guardado un buen sitio para la procesión, justamente en un rincón antes de un recodo de la calle. Un excelente lugar, donde la gente se amontonaría seguramente y los bolsos no pedirían más que el ser cortados. Pero apenas me había puesto en acecho, mis ojos se encontraron los del alquacil Calahorra, y escondiendo la cabeza en los hombros, me escabullí a sentar más lejos mis reales. Ya empezaban a picar los palominos, cuando me di cuenta de que el alquacil me había seguido, y a pesar de que las campanas anunciaban el cortejo, tomé prudentemente tierra. Aún me duelen las espaldas de mi último encuentro con ese lobo. Y para esto me he fabricado yo un brazo tan bien hecho. ¡Hasta un medidor y un saludador se lo hubieran tragado! (CON EL BRAZO IZQUIERDO SE ARRANCA EL DERECHO Y LO ARROJA.) ¿Y mi jubón no estaba oportunamente acuchillado, para estar al alcance de todos los bolsos? (SE LE VE SACAR LA MANO POR DIVERSOS LUGARES EN EL COSTADO DE SUS ROPAS. DESPUES SACA SU VERDADERO BRAZO.) Ya no se protege el arte en Castilla.

SALMERONA ¿Cómo te las arreglas para oler tan mal?

ENFRAILADO Mejor sienta al soldado el olor de la pólvora que el de la algalia.

(APARECE CHIQUIZNAQUE, MENDIGO DE CAPA Y ESPADA, CON EL ROSTRO LLENO DE CICATRICES.)

CHIQUIZNAQUE Tu garrote no volverá ya a comer pan con nosotros.

HOMBRE DE LA ULCERA ¿Acabó bien?

CHIQUIZNAQUE De un modo ejemplar.

MANCO Sobre toda la hermandad recaerá el honor.

CHIQUIZNAQUE Subió solo los escalones, ni demasiado despacio ni demasiado de prisa; se sentó al llegar arriba, arregló los pliegues de la ropa, tomó la cuerda y se la puso al cuello, ajustándola bien por debajo de la nuez.

HOMBRE DE LA ULCERA Que podamos nosotros imitarlo cuando nos llegue el momento.

CHIQUIZNAQUE Se dejó caer, sin despatarrarse, y guardó hasta lo último tanta compostura, que no podría pedirle más.

SALMERONA ¿Ha sacado ennegrecida la lengua?

CHIQUIZNAQUE De lo que pasó luego, no puede pedirle cuenta. El verdugo saltó a caballo sobre sus hombros y dió cuatro o cinco meneos. Después, como lo disponía la sentencia, descuartizó su cuerpo, que tendrá los caminos por sepultura. Mas yo espero que los pasteleros no dejarán tal pitanza a los cuervos, y le recogerán para sus empanadas de a dos maravedís.

ENFRAILADO Yo no como nunca una empanada de dos maravedís sin rezar un réquiem.

(ENTRA LA VIEJA CRISTOLA.)

CRISTOLA ¡Deo gratias!

TODOS ¡Dios te guarde!

CRISTOLA Hijitos míos, aprovechaos bien del tiempo que pasa antes de llorar como yo sobre mi recuerdo.

HOMBRE DE LA ULCERA Está más triste que un perro de carnicero en la Cuaresma.

CRISTOLA El pan de la vejez es tan amargo, que ni un mendigo puede con él. Esta mañana, desde el amanecer, apenas salí de misa comencé a mosconear por ahí. Un pañero estaba contando, al salir de la Casa de la Moneda, más de cincuenta doblones corrientes y sonantes. Le he seguido para saber su casa, que está bastante aislada y fácil. ¿Me oyes, Manco?

MANCO ¿Tanteaste el espesor de los muros y el lugar por donde se pueden hacer agujeros?

CRISTOLA Toledo no se hizo en un día, hijo; pero mañana, sin más tardar, habré entrado en la plaza y les habré dicho la buena ventura a las criadas.

MANCO ¡Dios te la dé a ti, madre!

CRISTOLA Para ti, Chiquiznaque, me han encargado un chirlo que marcar en la cara de un pisaverde y una estocada simulada para asustar a un viejo regidor. Por todo, quince ducados, de los que recibirás doce.

CHQUIZNAQUE No encontrarán gran compañía en mi bolsa, que hace más pliegues que pañuelo de novia; pero no los dejaré tampoco pudrirse mucho tiempo.

CRISTOLA También te traigo algo a ti, Desmochado, para que me bendigas. Una pieza mayor, que venía rondando desde hacía tiempo. Nada menos que el arcipreste de San Juan de los Reyes, hijo mío.

DESMOCHADO ¡Ay, tía Cristola, te voy a deber más que a la madre que me echó el mundo!

SALMERONA ¿Es que aquí no hay hombres más que para los desmochados?

CRISTOLA Espera a saber y no tendrás de qué quejarte. Tengo para ti un viejo carcamal, lleno de vicios y más arrugado que una pasa, pero generoso en proporción a sus años.

SALMERONA Soy demasiado joven para venderme a esos asquerosos camastrones.

CRISTOLA Cierra los ojos y apriétate las narices como si fueras a tomar una purga. Cuanto más amarga es la medicina, mejor sienta. Este Rey David dará veinte ducados por la primera noche.

SALMERONA ¡Veinte ducados!

CRISTOLA Veinte. ¿La ganancia no te quita el asco? Pero con una condición: te ha de encontrar doncella.

SALMERONA ¡Otro más!

CRISTOLA Ya he preparado el estoraje y las membranas de pescado.

SALMERONA ¡Ya va por la cuarta vez, tía!

CRISTOLA Por poco te quejas tú. Mirame a mí, que fui redoncilla dieciocho veces, y no me he muerto por eso. Los usos del mundo no han comenzado ayer.

SALMERONA ¡Más valdría caer en manos del verdugo!

CRISTOLA Son veinte ducados, ¿lo oyes? Yo no me quedaré más que con la mitad, por mis artes y mi trabajo.

SALMERONA ¡Pero tía Cristola!

CRISTOLA Si no eres capaz de soportar nada, no tengas escrúpulos por mí, porque no tengo más que abrir la boca delante de la Vidana o de la Planosa... ¡Y hasta llevarle una doncella verdadera!

SALMERONA ¡Sea lo que Dios quiera!

CRISTOLA Y ahora tú, enfraído, ¿lo eres sólo por el hábito o tienes algún voto?

ENFRAÍDADO Sacerdos in acternum.

CRISTOLA ¿Por tu salud?

ENFRAÍDADO Por el crisma que me pusieron. Tres años he pasado comiéndome las limosnas en el refectorio de San Francisco.

HOMBRE DE LA ULCERA ¿Y tan poco te alimentaban que te saltaste la clausura?

ENFRAÍDADO La gula se satisfacía bienamente, pero no esta otra parte de mi cuerpo, que no es menos importante. Y así, cargándome a la espalda la dispensa de los votos, me escapé con una moza. La muchacha anda ahora por los perchetes de Málaga. ¡Dios la perdone, como perdonó a la Magdalena. Y yo ando por mi cuenta recaudando limosnas para las obras pías, que no es poca piedad el mantenerme.

CRISTOLA Necesito que me ayudes para una cierta muñequita de cera, en la que he puesto los recortes de las uñas de una persona. Tú me la bautizarás cristianamente con el nombre que yo te diga. Le meterás en el cuerpo una hostia consagrada y rezarás las oraciones de los agonizantes mientras la voy fundiendo a fuego lento.

ENFRAÍDADO ¡Misericordia!

CRISTOLA ¿Te niegas?

ENFRAÍDADO ¡Bruja de Satanás!...

(ENTRA ALDONZA CORRIENDO, DESMELENADA Y SIN ALIENTO.)

ALDONZA ¡Asilo! ¡Amparo! ¡Escondedme!

SALMERONA ¿De dónde sale esta madeja de huesos?

CHIQUIZNAQUE ¿Quién te persigue?

ALDONZA ¡Los alguaciles!

CRISTOLA Entonces es de la familia.

MANCO ¿Qué eres, ladrona o bruja?

SALMERONA Poco le luce el pelo.

ALDONZA ¡Me buscan para prenderme! ¡Tengo miedo! ¡Amparadme!

HOMBRE DE LA ULCERA ¡Tiene miedo el angelito!

ALDONZA Una prisión entre animales inmundos, con un cepo en los pies... ¡No quiero! ¡Y el látigo del verdugo!...

MANCO ¡No lo sabes tú bien! Los verdugos de Toledo se alaban de tocar seguidillas con el látigo mejor que los de ningún otro lugar.

DESMOCHADO ¡Como que te hacen un tambor de las espaldas!

ALDONZA ¡Salvadme!

HOMBRE DE LA ULCERA Pues y la picota, dulce cordera, con los aullidos gozosos del público y los huevos podridos que te estrellan en la cara.

(ALDONZA SE TAPA EL ROSTRO.)

MANCO

Y el aceite hirviendo...

DESMOCHADO

Y el plomo derretido...

SALMERONA

Y las tenazas que te muerden los pechos...

HOMBRE DE LA ULCERA

Y el beso de hierro hecho ascuas...

(TODOS RIEN.)

ALDONZA

¡Ah, perros ladrones, os gozáis con mi miedo!

CRISTOLA

¡Déjalos reír, paloma! No tiembles más. Ya ves que los corchetes de la Audiencia no te han enganchado.

CHIQUIZNAQUE

Son demasiado cobardes para atreverse a entrar aquí si no vienen muchos.

ENFRAILADO

Y sabemos muchos agujeros para escaparnos como las ratas.

ALDONZA

Sí, seguramente han perdido mi rastro. De todos modos, gracias, y que Dios os lo pague.

(SE LEVANTA PARA IRSE.)

CHIQUIZNAQUE

Un minuto. ¿La buena crianza está tan perdida que un cualquiera puede entrarse por todas partes en las casas ajenas, sin decir oste mi moste, sentarse, levantarse y dejar a las gentes sin abrir boca? Tú, Manco, monta la guardia sobre la hóbveda, y en cuanto veas la sombra de un ferrezuelo bate retirada.

(SALE EL MANCO.)

(A ALDONZA.) ¿Quién eres tú?

ALDONZA

Nada. Un plato de nada con salsa de miseria y sal de lágrimas. Vosotros mismos, ¿quiénes sois?

DESMOCHADO

Carne de horca.

HOMBRE DE LA ULCERA

Podremos entendernos. Tú eres guapa.

SALMERONA

¡Lástima que estés casi tan sucia como el Enfrailado!

CHIQUIZNAQUE

¿De dónde vienes?

SALMERONA

¿De pescar el atún en las almadrabas de Sevilla?

ENFRAILADO

¿Por qué te buscan los corchetes?

CHIQUIZNAQUE

¿Responderás?

CRISTOLA

Deja, hijo mío; la pobrecilla está fuera de sí. Vamos, paloma, ¿qué te ha sucedido?

ALDONZA

El son de las palabras y el humo del cerebro emborrachan más que el vino. Yo he estado borracha perdida mucho tiempo. Pero esto se ha acabado. Ya me despierto, y es mi propio ser el que vomito. Pero vosotros no me podéis comprender.

ENFRAILADO

¿Quién sabe? No hay nada que apeste más que una esperanza que se pudre. Es eso, ¿verdad? Y cuanto mayor era la esperanza, mayor es la peste.

ALDONZA

Tengo hambre. Tengo frío. Si no tenéis fuego, ni pan, ni cuartos, pasad de largo, sin agarraros a las orejas. Y tienen razón. El mejor sermón no llena las tripas vacías más que de viento. Y eso que llaman

el calor de la ternura abriga menos que una mala copa. A mí, en cuanto no me quedó nada, me han hecho comprender que no servía para nada. He dado hasta mi última camisa, y estoy desnuda bajo estos trapos. Y eso no era más que el principio.

DESMOCHADO Pues continúa. ¡Quítatelos!

CHIQUIZNAQUE Piernas largas y talle esbelto.

HOMBRE DE LA ULCERA Vientre plano y pecho levantado.

ALDONZA Una mano, aunque esté vacía, es una mano. Y, no obstante, ¿la hubieras tú tomado cuando te la tendían? Yo no he podido torcer la balanza.

HOMBRE DE LA ULCERA ¿Es que quieres buscarle tres pies al gato?

ALDONZA Y debías quererles aún más.

ENFRAILADO ¿Quién te ha metido esas cosas en la cabeza? ¿Ha sido hombre o mujer, o ese viento que sopla donde quiere?

ALDONZA ¡Cállate! Déjame eso, que es mío sólo. No me queda nada más. El sol es negro y no alumbra más que días malos.

CHIQUIZNAQUE Las palabras son castellanas, pero es como si hablara en griego.

CRISTOLA ¡Llora, hija mía! Tu canción no es muy clara. Pero puedes quedarte con nosotros si te apetece.

ALDONZA Sufrir no es nada si no se sufre por alguno. Yo no valía la pena.

SALMERONA No dejes que se enfríe la masa, tía Cristola, si el viejo que tú sabes anda buscando mujeres que poner en cruz.

DESMOCHADO ¿Para qué sirve llorar? Un ochavo vale la mitad de un cuarto, pero una lágrima no vale medio ochavo.

ENFRAILADO Cuando yo era novicio era tan puro como un querubín y seguía las huellas de los Santos. Pero vinieron las tentaciones y caí. Luego, cuando comprendí una vez que no seré más que un mal sacerdote he llorado como tú, de asco de mí mismo, pero ya ves, hija mía, uno se hace a todo. He tomado partido; las espinas también tienen rosas y me agarro a la vida como si no fuera una basura. ¿Qué te parecería si juntáramos nuestros dos desengaños? ¿No haríamos buena pareja?

CHIQUIZNAQUE Espérate a saber si me gusta a mí.

HOMBRE DE LA ULCERA No os olvidéis de mi carta antes de echar las vuestras.

SALMERONA (AL DESMOCHADO.) Y tú, precioso, no entras también en la suerte.

CRISTOLA Paz. La ley es la ley. Es ella quien debe escoger. Aquél cuyo puchero rompa que sea suyo y ella de él, y si no os la jugáis a los dados. ¿Qué dices tú, paloma?

ALDONZA Ya estoy en mi lugar, entre el ruffan, el podrido, la celestina y la ramera.

SALMERONA Ya sabe nuestros nombres la hermanita.

CHIQUIZNAQUE Echa las suertes, tía Cristola.

ENFRAILADO Echa las suertes.

HOMBRE DE LA ULCERA Escuchad. Un poco de silencio. Mirad: no os parece que mi úlcera se ha puesto más hermosa desde hace un momento. Hasta se ha adornado de gusanos como si la hubieran frotado con queso. (UN GUIÑO DE OJOS,

PROMETEDOR DE BURLAS.) Perdónalos a estos y a mi mismo, también, capullo de rosas. La mucha desgracia enloquece a los desgraciados. Si no he entendido mal tus quejas, tú sufres un exceso de piedad. Descárgala en nosotros. Tenemos en que usarla. Pero veamos antes a donde llega.

ALDONZA ¿Qué quieres de mi?

HOMBRE DE LA ULCERA Tú sabes lo que quiere decir estar sola entre los hombres.

ALDONZA Lo sé mejor que nadie.

HOMBRE DE LA ULCERA ¡Para los otros las caricias! Yo he pasado tantos años sin que unos labios se hayan posado en mi cara.

SALMERONA ¡Ya! ¡Ya!...

(BREVE ESTALLIDO DE RISA.)

HOMBRE DE LA ULCERA Ves la úlcera que me corroe. Me ha comido la nariz y comienza a deshacerme la boca. Avanza levantando la piel en escamas primero; deja la carne desnuda, roja, luego la vuelve gris, violeta y, al fin, verde. La funde en colores y pestilencias. Es muy natural que nadie me bese.

ALDONZA Yo lavaré tus llagas. Conozco las hierbas...

HOMBRE DE LA ULCERA No, yo espero otra cosa.

ALDONZA Dí.

HOMBRE DE LA ULCERA Sentir tus labios besando mi úlcera.

ALDONZA No.

(RISAS CONTENIDAS.)

HOMBRE DE LA ULCERA No, ¡claro!, tu piedad no era, pues, más que mentira. Es muy fácil decir "yo haré", pero cuando llega la prueba te retiras. A nosotros no nos dan más que los membrillos podridos y las cortezas de melón. ¡He sido tonto esperando otra cosa de tí!

CRISTOLA El Cid Campeador no se negó a abrazar al leproso, y San Lázaro fué el que recibió el beso, desplegando sus alas luminosas.

SALMERONA ¿No harás tú lo que él hizo?

ENFRAILADO Como hizo San Francisco, y el papa San León y Santa Isabel, reina de Hungría.

DESMOCHADO Ya ves que no es cosa imposible.

HOMBRE DE LA ULCERA (HACIENDO COMO QUE SOLLOZA.) ¡No tienes piedad! ¡No tienes piedad!

CHIQUIZNAQUE Sólo un beso.

HOMBRE DE LA ULCERA No tienes piedad.

ALDONZA (EN VOZ BAJA.) Alma de mi alma, no dejes solos a los que yo abandoné. ¡Ve!

(SE LEVANTA Y SE ACERCA AL HOMBRE DE LA ULCERA.)

SALMERONA Un solo beso...

CRISTOLA El Cid Campeador no se negó a abrazar al leproso, y San Lázaro fué el que recibió el beso, desplegando sus alas luminosas.



CRISTOLA Sólo mojar tus labios en la llaga.

(ALDONZA RETROCEDE. LA CERCA UNA PUNDA.)

TODOS No tienes piedad. No tienes piedad. No tienes...

(MAS ELLA SE ACERCA DE NUEVO, SE INCLINA, HACE EL SIGNO DE LA CRUZ. SILENCIO. ALDONZA BESA LA ULCERA.)

ENFRAILADO ¡Señor mío y Dios mío!

(LA MOZA PERMANECE DERECHA CON LOS OJOS CERRADOS. EL HOMBRE ARRANCA EL TAFETAN QUE SIMULABA LA ULCERA. EL ENFRAILADO NO SE HA MOVIDO. DESPUES UNAS GRANDES RISOTADAS HACEN ABRIR LOS OJOS A ALDONZA.)

HOMBRE DE LA ULCERA ¡Milagro! Estoy curado. Mira el lugar que besaste.

ALDONZA (CON UN GRITO DE TERROR.) ¡No es verdad!

HOMBRE DE LA ULCERA Mira.

SALMERONA La piel está sana...

HOMBRE DE LA ULCERA Toca..

CHIQUIZNAQUE Ni señales del mal...

DESMOCHADO ¡Milagro!

SALMERONA ¡Milagro!

TODOS (PRORRUMPEN EN RISAS.) ¡Milagro! ¡Milagro!

SALMERONA Demuéstrale tu gratitud.

HOMBRE DE LA ULCERA ¿No me he ganado el primer lugar?

CHIQUIZNAQUE ¡Echa las suertes!

(ENTRA EL MANCO.)

MANCO ¡Alerta! ¡Los alguaciles!

CRISTOLA (AL DESMOCHADO.) Dame el brazo, hijo mío, y escurrámonos por la sombra.

MANCO He oteado las varas de la justicia y al propio Alguacil Mayor en persona con soldados.

HOMBRE DE LA ULCERA Es tiempo de saltar las bardas.

CHIQUIZNAQUE Anda, hermosa, síguenos. No les tenías tanto miedo...

ALDONZA Yo no tengo miedo.

CHIQUIZNAQUE Ven.

ALDONZA No.

CHIQUIZNAQUE Ninguna mujer ha dicho que no a Chiquiznaque, sin quedar marcada en el rostro.

MANCO ¡Alerta! Te has quedado dormido, Enfrailado, o es que quieres llegar a Obispo.

(TODOS HAN DESAPARECIDO. ALDONZA QUEDA SOLA, EN PIE, BAJO UN RAYO DE SOL. LOS SOLDADOS APARECEN AL FONDO.)

ALDONZA Si es ami a quién buscáis, aquí estoy.

CUADRO NOVENO

SALA DE LA AUDIENCIA DE TOLEDO. Una pieza redonda cuyos muros de piedra gris perfora una sola ventana estrecha y alta, sin otro ornamento que un Cristo sangriento, con pelo natural y enaguilla de terciopelo granate. Una gran abertura en arco cerrada aún empalidecen más el negro del cabello y del vestido.

Bajo la ventana, detrás de una larga mesa, en un sillón de cuero, el Oidor, como lo hubiera pintado el Greco. Dos ojos chispeantes en una larga faz pálida que prolongan la perilla y el gran cuello de canjilones y que aun empalidecen mas del vestido.

En uno de los extremos de la mesa está sentado el Escribano. El Alguacil Mayor, de pie al otro lado. Aldonza está sentada al fondo. Los Corchetes guardan la puerta de la reja, detrás de la cual bulle una muchedumbre indistinta de la cual surgen algunos rostros que se pegan a los hierros.

Ginés de la Hera y Pedro Martínez están en pie ante el Oidor.

Es a la caída de la tarde. Y detrás de la estrecha ventana se vé el claro oscuro del sol declinado.

EL OIDOR Reconocéis, pues, la verdad de los hechos, y como coronamiento de mil extravagancias acompañadas de otros tantos escándalos, por vuestra culpa, los forjadores del maestro armero Ginés de la Hera, dejaron los martillos y estropearon su trabajo... Pero, ¿detrás de esta verdad de los hechos que otra verdad se esconde?

ESCRIBANO Como vuestra señoría ha deseado escucharlo, aquí está el señor Pedro Martínez, que puede dar alguna luz.

UNA VOZ DE LA MUCHEDUMBRE El mercader de sedas de Santo Tomé.

PEDRO M. Estoy a las órdenes de vuestra Señoría para lo que sirva mandarme.

OIDOR Hablad, Maese Pedro Martínez. ¿Conocéis a esta mujer?

PEDRO M. La he visto muchas veces en la Venta del Toboso, cuando iba camino de Murcia.

V. EN LA MU. Chinche de posada. ¡A fregar los platos!

PEDRO M. La tengo por buena muchacha, un poco deslenguada, pero trabajadora y simple como un niño. El ventero era el primero en reirse de ella, y todos se gozaban en su credulidad. ¿Me conoces, Aldonza?

ALDONZA Os conozco, Pedro Martínez. Y peor hubiera hablado yo de mi misma, que vos acabais de hacerlo.

OIDOR ¿Por qué dejásteis el Toboso?

ALDONZA Ayer hubiérais enronquecido preguntándomelo, porque era mi secreto, del que estaba tan orgullosa. Pero, ahora, ya lo puedo decir todo...

OIDOR ¿Por qué vinisteis a Toledo?

ALDONZA (CON UNA RUDEZA AGRESIVA.) Porque amo y porque he sido amada.

VOZ (CANTANDO EN LA MUCHEDUMBRE.) El uno y la una juntos hacen dos...

(RISAS.)

ALGUACIL M. ¡Silencio!

OIDOR Entonces ha sido un hombre el que os ha traído aquí y os ha abandonado.

ALDONZA Jamás he visto a mi amado, ni mi amante jamás me vió.

ESCRIBANO En veinte años que llevo manejando esta pluma jamás oí discurso más extraño.

OIDOR Entendámonos. ¿Quién era él?

ALDONZA Un caballero andante que iba a los cuatro vientos con su armadura reluciente y seguido de un solo escudero, enderezando entuertos, socorriendo cuitados y castigando a los perversos.

OIDOR ¿Y cómo se llamaba?

ALDONZA Don Quijote de la Mancha.

OIDOR ¿Pero, es posible en nuestro tiempo un nuevo Palmerín?

PEDRO M. Diga, más bien, Vuestra Señoría, un pobre loco, cuyas graciosas extravagancias cuenta la gente con regocijo por tierra de la Mancha.

OIDOR Y al desaparecer el caballero, vos habéis querido continuar sus engaños, ¿no es eso?

ALDONZA Cuando muere un tejedor al pie de sus telares, otro toma su puesto y vuelve hacer correr la lanzadera.

OIDOR Y, en consecuencia, os lanzasteis a sembrar el grano de vuestra piedad sobre las piedras. ¿Es esto razonable?

ALDONZA ¿Lo fué el que viniera a buscarme él a mi?

ESCRIBANO ¿Qué placer encontráis en ser apedreada por las plazuelas?

ALDONZA Parecerme a él, que fué vejado, escarnecido y apaleado.

(RISAS EN LA REJA.)

Y reído por los ignorantes.

OIDOR ¿Pero si nunca os vió, cómo fué el amaros y cómo os lo hizo saber?

ALDONZA Cómo fué el amarme, nunca he podido comprenderlo, pero sí se que me lo hizo saber en una carta que me trajo su escudero, en un día bendito; en un día terrible.

ESCRIBANO Para enganchar el corazón de una mujer le basta al demonio con una palabrita dulce.

ALDONZA Más caro cuesta engrasar la pluma de un escribano, según dicen.

(RISAS EN LA MUCHEDUMBRE.)

ESCRIBANO ¡Silencio!

PEDRO M. Si me permite Vuestra Señoría que le explique. Todo fué una burla en la que yo tuve parte, sin creer que llegara tan lejos.

ALDONZA Vos mismo me leísteis la carta, Pedro Martínez. ¿No os acordáis?

PEDRO M. Sí, lo recuerdo. Una hermosa carta, pero no era para tí.

(RISAS.)

ESCRIBANO ¡Silencio!

OIDOR Os escucho.

PEDRO M. Encontré al escudero buscando en el Toboso a la princesa Dulcinea, y por chanza le hicimos creer que ésta era Aldonza, y a la moza, que la carta del caballero era para ella y que se moría por su amor.

(ALDONZA SE CALLA, INMOVIL. REGOCIJO Y RISAS EN LA MUCHEDUMBRE.)

OIDOR ¿Y lo creyeron ambos?

PEDRO M. De rodillas se puso el gordo escudero para dar la carta a la criada...

VOCES (ENTRE RISOTADAS.) ¡De rodillas!  
¡El bobo!

PEDRO M. ¿Y qué decía la princesa?  
Ella se hizo leer y releer la carta hasta aprenderla de memoria:  
"señora de mis pensamientos..."

MUCHEDUMBRE ¡Oh, oh!... señora de mis pensamientos...

PEDRO M. Estrella de mi destino...

MUCHEDUMBRE ¡Estrella!...

PEDRO M. Alta y soberana señora...

MUCHEDUMBRE ¡Soberana! ¡Soberana!...

ESCRIBANO Silencio.

PEDRO M. Y desde aquél día ella se enamoró de su fantástico enamorado.  
(GRANDES RISOTADAS.)

ESCRIBANO ¡Silencio he dicho!

PEDRO M. Ya vé Vuestra Señoría que era una burla sin malicia.

OIDOR Una burla que lo aclara todo. (DIRIGIENDOSE A ALDONZA.) Aquél iluso escribía, sin pensar en ninguna mujer viviente; la pasión de que estaba herido no apareció más que en los vapores de sus visiones. Abrid los ojos a la luz del día.  
(SILENCIO DE ALDONZA.)

ESCRIBANO ¡Qué cabeza de mula negra!

OIDOR ¿Dudáis de que Pedro Martínez ha dicho la verdad?

PEDRO M. Pues, no faltaría más...

ALDONZA No, las cosas han debido pasar como ha dicho.

PEDRO M. No pongas esa cara. ¿Me guardas rencor por la burla?

ALDONZA Que Dios os perdone, Pedro Martínez, el mal que me habéis hecho. Pero por aquella burla yo no puedo mas que bendeciros.

GINES DE LA H. ¿Cómo?

OIDOR ¿Tan bueno era, pues, el soñar con los ojos abiertos?

ESCRIBANO Tiene demasiada paciencia Vuestra Señoría.

ALDONZA Sí, sí. Os comprendo por adelantado. El ni siquiera sabía que yo existiese y yo tampoco lo hubiese sabido nunca si me hubiera quedado cribando el grano. Pero después que Sancho le contó lo que él llamaba su embajada...

OIDOR ¿Sancho?

PEDRO M. Era el digno escudero del loco.

ALDONZA ...sí, pensaba en mí, puesto queme hablaba cada tarde en voz alta volviéndose a mirar al Toboso.  
(ALDONZA SE CALLA, INMOVIL, REGOCIJO Y RISAS EN LA MUCHEDUMBRE.)

VOZ (EN LA MUCHEDUMBRE.) Fíate de sermones.

ALDONZA Y a la hora de la muerte ha dispuesto de mí. Sancho me ha contado su voluntad con sus últimas palabras. Si él no me amaba cuando me escribió, tanto peor. Lo creo y echémoslo en el saco, pero a las puertas de la muerte me amaba y mi nombre estaba en sus labios cuando llegó hasta Dios.

(SANCHO SE CALA.)

PEDRO II. La pobrecilla ha perdido el sentido.

GINES Está loca y delira.

ESCRIBANO Habrá que llevarla al manicomio.

UNA VOZ No.

(REVUELO EN LA VERJA.)

V. EN LA PU. No apriete así, tío barricudo.

Tanta prisa te corre ir a la caldera.

Que está mi pie debajo.

(SANCHO SE ABRE PASO Y APAPECE EN LA VERJA.)

SANCHO ¡No! ¡Cíname, Vuestra Señoría! (SANCHO SE CALA.)

ESCRIBANO ¿Quién sois?

SANCHO Sancho Panza, el escudero de Don Quijote.

CIDOR Dejadle pasar.

(UN SOLDADO ABRE LA VERJA.)

BUCHEBUURRE ¡Sancho, el ventrudo!

¡Sancho, el panzudo!

¡Sancho, mantecas!

¡Sancho, tinaja!

ESCRIBANO ¡Silencio!

SANCHO ¡Mi señora Dulcinea! Hace dos días que ando preguntando por vos en esta ciudad de pecados, donde todo cuesta un sentido y al fin vengo a encontraros en este sitio.

ALDONZA En bien mala sazón.

CIDOR Maese, Pedro Martínez, reconocéis en él al correrero aventurero.

PEDRO I. Es el mismo, Sseñoría.

CIDOR Didne, buen hombre.

SANCHO Tengo sobre mis riñones cuatro dedos de grasa de cristiano viejo y no puedo sufrir que una inocente cargue la culpa de mis pecados.

ESCRIBANO Callaos y responded cuando os preunte Su Señoría.

CIDOR ¿Cómo habéis venido a Toledo?

SANCHO Sobre los lomos de mi rocín.

CIDOR Muy bien, ¿pero qué habéis venido a buscar aquí?

SANCHO A la Virgen del Sarrario y las Cadenas de los cautivos, y a ésa, sobre todo aún más que a la Virgen y a las Cadenas.

ALDONZA Sancho, Sancho, tienes la cabeza más dura que una tinaja.

SANCHO Habla así señoría, porque me prohibió que la siguiera, pero en el fondo está muy contenta de verme a su lado.

ALDONZA No has mentido, calabaza con patas.

SANCHO Jamás dirán de mí, comida hecha, compañía deshecha. Yo no vengo de una familia ingrata y todo el mundo sabe en mi tierra quién han sido los Panza.

ESCRIBANO No os callaréis jamás!

DIDOR Habéis sido vos, según ha dicho ella el que llevasteis a esta mujer las últimas palabras de vuestro amo.

(SANCHO SE CALLA.)

ALDONZA No tengas miedo de decirlo todo, porque yo he hablado como en el confesionario.

ESCRIBANO Ea, pues.

SANCHO No sea severo con ella Vuestra Señoría, y no la juzgue por lo que ha dicho sin saber lo que decía.

DIDOR ¿No habéis entendido mi pregunta? Habrá de repetíroslo: fuisteis vos...

SANCHO He entendido a Vuestra Señoría.

DIDOR Entonces, contestad.

(SANCHO SE CALLA.)

ESCRIBANO Antes no podía cerrar la boca y ahora no puede abrirla.

ALDONZA ¿Por qué no dices nada, Sancho?

SANCHO ¡Ay! El que peca y se enmienda a Dios se encomienda.

ALDONZA Venga, vacía ya el saco.

SANCHO He venido, en primer lugar, para hacerlo y descargar mi conciencia de un peso que no me dejaba dormir tranquilo. Pues si yo no me hubiera lanzado a hablar y hablar como un descosido, vos os hubierais vuelto tranquilamente al Toboso, donde estaríais a estas horas bien y segura.

ALDONZA ¿Te pesa el haberme obedecido, bragazas?, o es que me crees tan cobarde.

SANCHO Es que vo lize como hacía con mi señor, decir un poco menos de la verdad y un poco más de lo que vos queríais que dijera.

ALDONZA Pronto, separemos la harina del salvado. ¿Es verdad que dijo, "ármate de ternura... acorázate de piedad"?... palabras tan divinas que suenan mal en los oídos de los hombres.

SANCHO Confieso que no las dijo.

ALDONZA ¡Ah!..., pero, no obstante, ¿dispuso de mí para legarme a los desgraciados?

SANCHO Confieso que no lo hizo.

ALDONZA ¿Entonces no me ha ordenado: "sígueme mi camino"?

SANCHO No os ha ordenado nada.

ALDONZA ¡Ah, Sancho, Sancho! ¿Pronunció tan siquiera mi nombre?

SANCHO Pongo a Dios por testigo y a todos los santos del cielo que sí lo hizo. Es verdad que su última palabra fué vuestro nombre y que diciéndola entregó su alma.

ALDONZA ¡Pues, entonces, todo es verdad! ¡Oh, ciego, ciego! ¿no ves que lo demás no necesitaba decirlo?

DIDOR ¿Y qué es lo que dijo? Repetid la frase tal como fué dicha y decid verdad como si os hallárais delante de Dios.

SANCHO ¿Es verdaderamente necesario?

ALDONZA Sí, sí, Sancho, amigo: ¡dila, dila, necesito oírlo después del miedo que me has hecho pasar.

OTRO: Os escuchamos.

SAUCHO: Dijo, Dios me perdone: "No existe..."

ALDONZA: No existe un amor...

SAUCHO: No, lo que dijo fué: "No existe Dulcinea."

ALDONZA: ¡Fientes!

SAUCHO: Por la salvación de mi ánima: no dijo otra cosa.

(ALDONZA SE DEJA CAER DE RODILLAS Y APOYA LA FRENTE EN LA TESA. UN INSTANTE DE SILENCIO. LUEGO GRANDES RISOTADAS.)

VOCES: Lo que el uno dejó lo recogió la otra.  
Se lo contagió la locura.

SAUCHO: Si que la he hecho buena. Y yo que lo dije para no verla así como una Virgen de las Angustias... Tanto quería el diablo a sus hijos que les sacaba los ojos. ¡Desdichado de mí! Yo que la seguiría como un perro.

OTRO: ¿No os parece señor Ginés de la Herra que harto castinada queda la sin ventura?

OTROS: Si vuestra Señoría lo estima así, por mi parte consiento en que sea absuelta. Creo que la lección le bastará. Además que harto nos ha regocijado a todos con sus amores y su misión. Si así os place que reciba la libertad en pago del buen rato.

OTRO: Dadle las gracias al maestro y volved a vuestro pueblo. Tornad a vuestras faenas, hija mía, id en paz y no volváis a soñar.

ESCRIBANO: Abrir la reja.

(UN SOLDADO ABRE LA REJA.)

VOCES: ¡Van a salir! ¡los iremos en grande!

(ALDONZA NO SE MUEVE.)

SAUCHO: El Rucio nos espera en la posada. ¡mi señora Dulcinea... no aguardemos más en salir.

ESCRIBANO: ¡Ea, enderécese!

SAUCHO: (INCLINÁNDOSE SOBRE ELLA.) Dejad cavilaciones, desechad embelecocos desacreditados y más antiguos que las botas del Arzobispo Turpín. Querer sacar a los hombres de sus miserias es como pedirle las peras al olmo, coger agua en cestillo y bautizar al diablo. No hay que volar muy alto para no desnucarse con el techo.

OTRO: Animo, hija mía.

SAUCHO: No os atormentéis, mi señora Dulcinea. Nadie da más de su medida, y el que no pueda galopar que trote, que Dios no nos ha de faltar, que no abandona a las hierbecillas del campo ni a los gusanos de la tierra. Montad en mi rucio y volvámonos a nuestra tierra y malhaya el ansia de aventuras.

(ALDONZA SIGUE SIN MOVERSE.)

OTRO: Hace un momento estábais muy valiente. Mirad ahora serenamente los hechos probados. Una burla y una mentira, sobre las que vuestra fantasía edificó todo lo demás, castillo de arena que ha barrido el viento. Vos no sois Dulcinea, sino Aldonza, y no existe otra cosa. Reconcedlo.

ALDONZA: (LEVANTANDO LA CABEZA.) No.

ESCRIBANO: Vuestra Señoría es demasiado bueno.

SAUCHO: Es el sentimiento el que le hace desvariar.

ALDONZA no han colgado toda esa historia como se ata a la cola de un perro una lata vacía. Para reírse. El uno por malicia, el otro por bondad. Pero no son más que mentiras y yo tengo los ojos muy abiertos. El buen caballero no pensó nunca en mí.

ESCRIBANO ¿Entonces?

CIDOR ¿Luego reconocéis?...

ALDONZA Eso fué mientras estuvo en vida. Yo sabía nada de mí. Pero ahora que está muerto me vé, está a mi lado. Sabe lo que ha sido para mí, lo que sigue siendo. Yo correspondía a un amor que él no me tenía. Yo obedecía a unas órdenes que él no había dado. ¡Pero, ha muerto! ¡Ved, aquí está mi amor, correspondiéndome, aceptándome, ordenándome, en fin!

CIDOR ¡Pobre hija mía!

ALDONZA Y mire, Vuestra Señoría, para que no lo dude, me ha dado un signo. Un signo tal que vos mismo tampoco váis a dudar. Y, después, azotarme, arrancarme la piel, mejor, más sufriré por él, pero eso no cambiará nada.

CIDOR ¿Lo queréis decir?... ¿Qué visiones son esas?...

ALDONZA No son visiones, sino un milagro que Dios ha permitido.

CIDOR ¡Mirad lo que decís!

ALDONZA Fué en aquella cueva donde me prendieron vuestros soldados, madriguera de miserables. Entre ellos estaba aquella horrenda cara, aquella pobre cara roída por una úlcera. El me pidió que le besara; hacía dos años que no le besaba nadie, pedía una limosna de cariño.

SANCHO ¿Y pusisteis vuestra boca en la úlcera?

ALDONZA Sí; y me quedé con los ojos cerrados helada de horror; cuando volví a abrirlos no había rastro del mal en aquel rostro.

(UN SILENCIO.)

SANCHO Ciertamente el don de los milagros es aún más provechoso que el gobierno de una ínsula. Seguid mi consejo, haceros santa de una vez para siempre, ya que podéis hacerlo.

CIDOR Los ángeles malos se complacen en los falsos prodigios, guardaos de ellos. El caso no es de mi incunvencia. Acaso conviniera que fuérais examinada por el Santo Oficio.

(AL GIR ESTE MOMENTO, EL PAPULACHO CALLADO SE DESENCADENA.)

VOCES ¡Al Santo Oficio!  
Devoradora de cadáveres.  
¿Dónde guardas la uña del diablo?  
¡Al Santo Oficio!  
¡Habrá que verla con la coroza y el San Benito!  
¡Que la emplumen!  
¡Al Santo Oficio!

CIDOR Desalojad la sala y hacedlos callar.

(LOS SOLDADOS ECHAN A LA GENTE. DETRAS DE LA VERJA NO QUEDA MAS QUE LA SILUETA DE UN FRAILE.)

SANCHO Sed santa y no tendréis otro trabajo que estar en una capilla llena de lámparas de plata y retablos dorados, con los muros cubiertos de exvotos, rosarios, piernas, brazos y narices de cera. Yo, entonces, me haré santero y recibiré piadosamente a los devotos.

ESCRIBANO Los iluminados son peligrosos herejes. Recordad a las dos Calatravas, condenadas por hacer falsos milagros con ayuda de Satán.

ENFRAILADO (AVANZANDO.) No hubo tal milagro.

ESCRIBANO ¿Qué busca Vuestra Reverencia?



que se abra y viendo que se entrecue la Bruja al Santo Oficio.

ALONZA. Atravesad las puertas y bajad las rejas. Y vos, señor Escribano, avisad al señor Gobernador de lo que pasa.

SANCHE. ¡Ah, si estuviese mi señor para barrerlos con su lanza!

ALONZA. Ve a buscar tu asno, buen hombre, y llévate a tu pueblo a esta mujer, a la que puedes estar muy orgulloso de servir.

SANCHE. No dejaré de hacerlo mientras me alumbe el sol y luna.

ALONZA. Y vosotros, apartaos, dejad el paso no solamente a éste sino también al recuerdo de aquél otro que acaso fuera un loco.

(SANCHE SALE ERGIDO Y LOS OTROS LE SIGUEN CABIZBAJOS. EL VIDOR SE VUELVE LENTAMENTE A ALONZA QUE NO SE HA MOVIDO.)

ALONZA. Todo me lo han quitado.

VIDOR. Todo menos la gracia de Dios.

ALONZA. Y, sin embargo, nunca fuí tan dichosa.

SOLDADO. (QUE VUELVE.) Señor Vidor, esas gentes están fuera de sí, enarbolan hoces y cuchillos, amenazan clamando que si nonéis en libertad a esa mujer la uatarán en la misma puerta y no dejan de caillar su nombre.

ALONZA. ¿Qué nombre?

SOLDADO. Dulcinea.

ALONZA. Dulcinea.

SOLDADO. Tengo muy pocos soldados.

VIDOR. Envía a buscar a los cuadrilleros de la Santa Hermandad.

(SALE EL SOLDADO.)

(A ALONZA.) No tengáis miedo, las maderas son sólidas.

ALONZA. No tengo miedo. Dejadme ir.

VIDOR. ¿Pero no habéis oído lo que quieren haceros?

ALONZA. ¡Ah, sí!, pero me llaman por mi nombre. Dejadme salir para que ese nombre me llene los oídos y no oiga más en este mundo.

VOCES FUERA. ¡Dulcinea! ¡Dulcinea!

ALONZA. ¡Dios! No quiero volver a ser la que fuí, sería horrible. No me atáis a mi vida miserable como se ata a un forzado a la galera, con hierros en las manos y en los pies.

VOCES. ¡Dulcinea!

ALONZA. ¡Apiedad de mí, dejadme ir!

VIDOR. Comprendo tu deseo, pero no puedo dejarte ejecutarlo.

ALONZA. Es preciso que los cuadrilleros lleguen tarde. No me dejéis perder este minuto en que soy Dulcinea para todos.

VOCES. ¡Dulcinea!

ALONZA. Es que lo soy para mí misma.

(EL UN CUADRILLERO.) No se mata más que a los seres vivos. La Dulcinea que están llamando habrá vivido.

(EL VIDOR SE ACERCA A ELLA Y LE PONE LAS MANOS SOBRE LOS HOMBROS. LA MUJER LLEVANTE LOS OJOS, ELLA ENDE LA CAPEZA.)

VIDOR. Si esto es un pecado que caiga sobre mis hombros. Vé, hija mía.

ENFRAILADO Yo no soy más que un fraile muy indigno, pero he visto eso de que habla.

ESCRIBANO ¿Le habéis visto curar la úlcera?

ENFRAILADO He visto a los pícaros simular mil llagas y enfermedades para apiadar a las buenas almas. He visto tullidos fuertes como robles, mancos con dos brazos y ciegos con buena vista. Durante mucho tiempo yo fui uno de ellos.

PEDRO II. El nudo se desata sin cuchillo.

ENFRAILADO Yo estaba allí cuando el hombre de la úlcera le pidió aquél beso para probar su caridad, reírse de su asco y hacer mofa de su valor.

VICOR También ésta era una burla, ¿se ve Martínez.

ENFRAILADO La úlcera estaba hecha con una badanilla pintada de cera, y el hombre no tuvo más que arrancársela hábilmente para hacerle creer en un milagro.

SANCHO Detrás de las hojas se caen los árboles.  
¡Adios, capilla mía!

ESCRIBANO Te has dejado atrapar en la red como una paloma.  
(ALDONZA NO HA TENIDO NI UN GRITO, NI UNA LAGRIMA, NI SIQUIERA HA CERRADO LOS OJOS, PERO, ACORRALADA, HA RETROCEDIDO HASTA QUEDAR APOYADA EN EL MURO A LOS PIES DEL CRISTO.)

GILLES DE LA H. Los hechos son los hechos.

PEDRO ... El buen sentido recobra sus fueros.

GILLES DE LA H. Y todo en un abrir y cerrar de ojos.

PEDRO ... No tienes suerte, Aldonza. De un cabo a otro de tu historia, todo oro de alquimia: un héroe falso...

ESCRIBANO ...Un falso amor...

GILLES DE LA H. Una falsa misión...

PEDRO II. ...Un falso milagro...  
(RIEN LOS MERCADERES Y EL ESCRIBANO.)

VICOR Y un valor verdadero. Si la úlcera no era una úlcera, el beso, sí fué un beso.

ENFRAILADO Y ante su ejemplo he sentido que se rompían las ligaduras que me ataban al pecado (CIE DE RODILLAS), soy un anóstata. Fuí de mi convento. He robado, he mentido, he llevado el escándalo en mi carne y de mi hábito entre mujerzuelas y bandidos. He profanado el Cuerno de Cristo y he rodado entre las basuras hasta el último abismo. Pero, desde el fondo de este abismo pido misericordia para que se me dé el castigo que merezco. Tengo hambre de calabozo y sed de disciplina. Llamad al Santo Oficio, no para esta mujer inocente, sino para mi noche de iniquidades. ¡Santo Oficio! ¡Santo Oficio! ¡Benditos sean tus verdugos mensajeros de perdón!

(LARGO SILENCIO, ALDONZA DESCUBRE UN ROSTRO TRISFUGADO.)

VICOR ¿Y esto es también falso?, la úlcera de esta alma. ¿Es también pintada? Megráos, hermano, en el sufrimiento que os espera y seguid el camino a que os lleva el asfritu.

ENFRAILADO ¡Doo gracias!...

(SALE (CAMP. 100) DE UN SILENCIO. (TRA) SILENCIO LLEVA CORRIENDO.)

SALTADO Un grupo de gente frenética se ha estacionado en la plaza gritando

ALDANZA Gracias.

OTIDOR (LLAMANDO.) Soldados. Obedeced a esta mujer, y cuando ella os lo mande abrirle las puertas de par en par.

SOLDADO Pero, Vuestra Señoría...

OTIDOR ¡obedeced!

VOCES ¡dulcinea! ¡dulcinea!

OTIDOR ¿No tienes nada más que pedirme?

ALDANZA Si yo no hubiese sido demasiado indigna, hubiera deseado que lo que quede de mi cuerpo descansase en una tumba que el buen Sancho conoce muy bien.

OTIDOR En ese sitio empezará la Resurrección de la Carne.

VOCES ¡dulcinea! ¡dulcinea!

(UNA SONRISA MUY DULCE Y MUY PURA LA ILUMINA MIENTRAS SALE. LOS RUMORES CONTINUAN, DESPUES SE OYE EL RUIDO DE LOS CERROJOS Y BRUSCAMENTE EL POPULACHO SE CALLA. EL OTIDOR SE VUELVE HACIA EL CRISTO.)

OTIDOR Señor, recibid en vuestro seno el alma de vuestra sierva...

(UNA EXPLOSION DE CRITOS FURIOSOS. EL OTIDOR CIERRA LOS OJOS. PAUSA. LUEGO UN NUEVO SILENCIO.)

OTIDOR El alma de vuestra sierva Dulcinea... para que muerta en esta vida viva la vida Eterna.

T E L O N L E N T O

21 de junio de 1970

ans